ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

EL SILENCIO DE ALA DE TÓRTOLA

INCLUYE ESCENA BONUS

TRADUCIDO POR PICHU06

DEDICATORIA

Gracias especiales a Victoria Holmes.
Para RAH.

Libro original: "Warriors: Tales from the Clans: Dovewing's Silence" *por* ***Erin Hunter***.

Arte de la portada: ***Úrszula Przybylska***.
Arte interno: ***Wayne McLoughlin***.

Traducción: ***Pichu06***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕

https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G

Publicado: 9/7/22
Última Actualización: 28/1/24

¡No te pierdas estas otras traducciones!
(Algunas son solo mías, otras fueron hechas con más gente)

Novelas:

El Viaje de Estrella de Nube.
La Venganza de Arce Sombrío.
La Decisión de Estrella de Pino.
La Maldición de Pluma de Ganso.
La Deuda de Cola Roja.
El Juicio de Patas Negras.
El Secreto de Ala de Mariposa.
El Presagio de Estrella Vaharina.
La Despedida de Cuervo.
Las Raíces de Árbol.
El Clan de Trigueña.
La Familia de Dalia.

Súper Ediciones:

El Secreto de Fauces Amarillas.
La Profecía de Estrella Azul.
La Sombra de Corazón de Tigre.
La Esperanza de Esquiruela.

Novelas Gráficas:

Exiliados del Clan de la Sombra.
Una Sombra en el Clan del Río.
El Camino de Cuervo.
Vientos de Cambio.

Quinta Saga Principal "Una Visión de Sombras":

1. *La Búsqueda del Aprendiz.*
2. *Trueno y Sombra.*
3. *Cielo Destrozado.*
4. *La Noche Más Oscura.*
5. *Río de Fuego.*
6. *La Tormenta Furiosa.*

Sexta Saga Principal “El Código Roto”:
1. *Estrellas Perdidas.*
2. *El Deshielo Silencioso.*
3. *Velo de Sombras.*
4. *Oscuridad Interna.*
5. *El Lugar Sin Estrellas.*
6. *Una Luz en la Niebla.*

Séptima Saga Principal “Un Clan Sin Estrellas”:
1. *Río.*

CONTENIDO

FILIACIONES

CLAN DEL TRUENO

LÍDER

ESTRELLA ZARZOSA — atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

LUGARTENIENTE

ESQUIRUELA — gata rojiza oscuro de ojos verdes y una pata blanca.

CURANDEROS

GLAYO — gato atigrado gris de ciegos ojos azules.
HOJARASCA ACUÁTICA — gata marrón claro atigrado de ojos ámbar, con patas y pecho blanco.

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

LÁTIGO GRIS — gato de pelo largo, gris uniforme.
MANTO POLVOROSO — gato atigrado marrón oscuro.
TORMENTA DE ARENA — gata color melado claro.
FRONDE DORADO — atigrado marrón dorado.
NIMBO BLANCO — gato blanco de pelo largo y ojos azules.
MILI — gata gris atigrada de ojos azules.
ESPINARDO — atigrado marrón dorado.
ZANCUDO — gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.
CANDEAL — gata blanca de ojos verdes.
BETULÓN — atigrado marrón claro.
PINTA — pequeña gata gris y blanca.
BAYO — macho color crema de cola cortada.
RATONERO — gato gris y blanco.
CARBONERA — gata gris oscuro atigrada
CHARCA DE HIEDRA — gata blanca y plateada atigrada de oscuros ojos azules.

LEONADO — macho dorado atigrado de ojos ámbar.
SALTO DE RAPOSO — gato atigrado rojizo.
APRENDIZA, ZARPA DE CEREZA (gata rojiza).
NUBE ALBINA — gata blanca.
ALA DE TÓRTOLA — gata gris pálido de ojos verdes.
PÉTALO DE ROSA — gata color crema oscuro.
APRENDIZA, ZARPA DE TOPO (gato marrón y crema).
ROSELLA — gata moteada carey y blanca.
LUZ DE GARBEÑA — gata marrón oscuro, paralizada de la cadera hacia atrás.
FLORES CAÍDAS — gata tricolor con manchas blancas en forma de pétalos
LÁTIGO DE ABEJORRO — gato gris claro con rayas negras.
PASO TORDINO — gato blanco y negro.

REINAS

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

DALIA — gata color crema de pelaje largo, viene del cercado de los caballos.
ACEDERA — gata carey y blanca de ojos ámbar (madre de Pequeña Lirio, una gata gris oscuro atigrada con manchas blancas; y Pequeña Semilla, una gatita muy rojiza).
CENTELLA — gata blanca con manchas canela (madre de Pequeña Ámbar, gata rojiza pálida; Pequeño Rocío, macho gris y blanco; y Pequeño Nieve, gato blanco esponjoso).

VETERANOS

(guerreros y reinas ya retirados)

PUMA — gato atigrado con el hocico gris.

CLAN DE LA SOMBRA

<u>LÍDER</u> **ESTRELLA NEGRA —** gran gato blanco con patas negras como el azabache.

<u>LUGAR-TENIENTE</u> **SERBAL —** gato rojizo.

<u>CURANDERO</u> **CIRRO —** atigrado muy pequeño.

<u>GUERREROS</u>

GRAJO — gato negro y blanco.

TRIGUEÑA — gata moteada de ojos verdes.

APRENDIZA, ZARPA DE HIERBA (gata marrón pálido atigrada).

GARRA RAPAZ — gato atigrado marrón claro.

TOPERA — gata gris con patas negras.

PELAJE DE CARBÓN — gato gris oscuro.

CORAZÓN DE TIGRE — atigrado marrón oscuro.

GARRA DE HURÓN — gato color crema y gris.

APRENDIZ, ZARPA DE PÚAS (gato marrón oscuro).

NARIZ DE PINO — gata negra

PELAJE DE ARMIÑO — gata carey y blanca.

COLA SALTARINA — garo marrón atigrado.

<u>REINAS</u>

AGUZANIEVES — gata lisa, ágil y musculosa de un blanco puro y ojos verdes.

CANELA — gata color crema.

<u>VETERANOS</u>

CRÓTALO — gato marrón oscuro de cola rayada.

ESPUMOSA — gata blanca de largo pelo, ciega en un ojo.

LOMO RAJADO — gato marrón con una larga cicatriz en el lomo.

ROBLEDO — pequeño gato marrón.

CHAMUSCADO — gato negro.

PELOSA — gata atigrada de pelaje largo que le apunta en todas direcciones.
YEDRA — gata blanca, negra y carey.

CLAN DEL VIENTO

<u>LÍDER</u> **ESTRELLA DE BIGOTES** — gato marrón atigrado.

<u>LUGAR-TENIENTE</u> **LEBRÓN** — macho marrón y blanco.
APRENDIZ, ZARPA LEVE (gato negro con una mancha blanca en el pecho).

<u>CURANDERO</u> **VUELO DE AZOR** — gato gris moteado con manchas blancas como plumas de azor.

<u>GUERREROS</u>
CORVINO PLUMOSO — gato gris oscuro.
APRENDIZA, ZARPA DE PLUMAS (gata gris atigrada).
NUBE NEGRA — gata negra.
APRENDIZ, ZARPA ULULANTE (gato gris oscuro).
GENISTA — gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules.
TURÓN — gato rojizo de patas blancas.
HOJOSO — gato atigrado oscuro de ojos ámbar.
APRENDIZ, ZARPA DE AVENA (macho atigrado marrón pálido).
RESCOLDO — gato gris con dos patas oscuras.
COLA BRECINA — gata atigrada marrón claro de ojos azules
VENTOLERO — macho negro de ojos ámbar.
MANTO ESPINOSO — gata gris y blanca.

PATAS ACECHANTES — gato rojizo.
ALA DE ALONDRA — gata atigrada marrón pálido.
CAÑAMERA — gata atigrada marrón claro.

VETERANOS

NARIZ DE BIGOTES — gato marrón claro.
COLA BLANCA — pequeña gata blanca.

CLAN DEL RÍO

LÍDER	**ESTRELLA VAHARINA** — gata gris oscuro de ojos azules.
LUGAR-TENIENTE	**JUNCAL** — gato negro. **APRENDIZ, ZARPA DE LAGARTIJA** (gato marrón claro).
CURANDE-RAS	**ALA DE MARIPOSA** — gata dorada moteada. **BLIMA** — gata gris atigrada.
GUERREROS	**AJENJO** — gato gris claro atigrado. **COLA PALOMINA** — gata gris oscuro. **NARIZ MALVA** — gato marrón claro atigrado. **APRENDIZA, ZARPA REFUGIADA (**gata negra y blanca). **MANTO MONTÉS** — gato marrón claro. **VESPERTINA** — gata atigrada marrón. **MUSGOSA** — gata blanca y carey. **APRENDIZA, ZARPA DE PERCA** (gata gris y blanca). **MANTO RELUCIENTE** — gata plateada. **CORAZÓN DE LAGO** — gris atigrada. **ALA DE GARZA** — gato gris oscuro y negro. **NÍVEA** — gata blanca de ojos azules **PELAJE DE PÉTALOS** — gata gris y blanca.
VETERANOS	**SALTÓN** — gato blanco y canela. **GUIJARRO** — gato gris moteado. **COLA VELOZ** — gato marrón claro atigrado.

GATOS FUERA DE LOS CLANES

HUMAZO — gran gato gris y blanco que vive en el cercado de los caballos.
CILANTRO — gata carey y blanca que vive en el cercado de los caballos.



CAPÍTULO 1

Ala de Tórtola se quedó muy quieta en el centro del campamento mientras el silencio se cernía sobre el bosque. Por el rabillo del ojo vio dos formas pálidas, un tejón con una larga nariz rayada y un gato sin pelo con los ojos hinchados y ciegos. Le hicieron un gesto con la cabeza y salieron de la hondonada. Por un momento, Ala de Tórtola quiso perseguirlos, arrastrarlos de vuelta y exigirles saber qué pasaría después. «*¡Medianoche! ¡Pedrusco! ¿Cómo pueden dejarnos así? Puede que el Bosque Oscuro haya sido derrotado, ¡pero nosotros lo hemos perdido todo!*».

El silencio bajo los árboles se rompió con un sollozo ahogado. Tormenta de Arena estaba agazapada junto al cuerpo inmóvil de Estrella de Fuego, que aún yacía al pie del árbol chamuscado por el rayo.

—Lo hemos perdido todo —susurró Ala de Tórtola en voz alta.

Observó a Hojarasca Acuática presionando un fajo de telarañas sobre una herida de mordedura en el costado de Carbonera; Leonado se quedó junto a ellas, con la punta de la cola moviéndose ansiosamente, hasta que Hojarasca Acuática lo envió a buscar caléndula y tanaceto a la guarida de los curanderos.

Mili tocó el hombro de Ala de Tórtola con el hocico.

—¿Estás herida? —maulló.

Ala de Tórtola negó con la cabeza. En realidad, no tenía ni idea de las heridas que había sufrido en las terribles escaramuzas empapadas de sangre; se sentía entumecida desde la nariz hasta las garras, y sus oídos aún zumbaban por los sonidos de la batalla.

—Entonces ven a ayudarnos —le dijo Mili.

Dirigió a Ala de Tórtola con suavidad hacia el borde del claro donde estaban colocando los cuerpos de Carrasca, Musaraña y Fronda. Manto Polvoroso miraba a Fronda, con su pelaje atigrado oscuro cubierto de sangre y con manchas donde le habían arrancado mechones de pelo.

—Tienes que ver a Hojarasca Acuática —le dijo Nube Albina, haciendo una pausa mientras enderezaba cuidadosamente la suave cola de Fronda—. Yo me quedaré aquí.

—Nunca más dejaré el lado de Fronda —gruñó Manto Polvoroso. Golpeó su pata en el suelo, las puntas de sus garras marcaron el suelo—. Debería haber estado con ella. No debería haberla dejado luchar sola contra Estrella Rota. No era más que una presa para él.

Nube Albina lo miró con un destello de ira en su mirada azul pálida.

—Mi madre dio su vida para proteger la maternidad. Murió como una guerrera. No le quites eso.

Zancudo se acercó cojeando y apoyó su cola en el hombro de su padre.

—Seguro que Hojarasca Acuática puede venir a verte mientras estás aquí —le dijo a Manto Polvoroso—. Todos deberíamos estar con ella ahora. Betulón ha llevado a Salto de Raposo a la guarida de curandería, luego él y Hojarasca Acuática se unirán a nosotros.

Ala de Tórtola sintió una punzada de dolor por su padre. Pobre Betulón. Fronda era su madre, así como la de Nube Albina y la de Salto de Raposo. Sentiría mucho su pérdida.

Ala de Tórtola dio un respingo cuando Candeal apareció a su lado. El pelaje de la gata blanca estaba manchado de sangre escarlata, y Ala de Tórtola abrió la boca para protestar que debería estar en la guarida de los curanderos. Su madre sacudió rápidamente la cabeza.

—No es mía —maulló—. ¿Puedes ayudar a Puma? —señaló con su hocico al viejo gato atigrado, que estaba luchando por doblar las patas de Musaraña debajo de ella.

Había una piedra invisible alojada en la garganta de Ala de Tórtola que le impedía hablar, pero se acercó a Puma y mantuvo la pata de Musaraña quieta mientras acurrucaba suavemente sus patas bajo su vientre como si estuviera durmiendo. Los ojos del viejo gato estaban desorbitados y su respiración era ronca en su pecho. Ala de Tórtola se distrajo con un revuelo en la entrada de la hondonada. Glayo y Zarzoso estaban de pie junto a la maraña de espinas aplastadas que una vez había protegido el campamento.

—Me voy ahora a la Laguna Lunar —anunció Zarzoso, con su voz resonando bajo el cielo negro de la noche—. Más que nunca, el Clan del Trueno necesita un líder. —Vaciló mientras miraba el cuerpo color fuego en las sombras. En voz más baja, continuó—: Y ahora, parece que yo debo ser ese líder. —Señaló con la cabeza a Esquiruela, que lo observaba con sus ojos verdes llenos de tristeza—. Esquiruela, como mi lugarteniente, dejo el Clan a tu cargo.

Sin otra palabra, se dio la vuelta y saltó sobre las espinas. Glayo lo siguió más lentamente, con su pelaje gris del color de las nubes a la luz de la luna. Esquiruela subió por las rocas a la Cornisa Alta como si le dolieran todos los huesos de su cuerpo, y miró a sus compañeros de Clan.

—Antes de hacer nada más, debemos atender nuestras heridas. Revísense con cuidado y vayan a la guarida de los curanderos si están heridos —su voz estaba apagada, como si la batalla hubiera desangrado su capacidad de sentir algo—. Ya se terminó el tiempo de los héroes —maulló—. El Clan necesita que sean fuertes ahora. Así que si tienen alguna herida, hagan que se las curen. —Entrecerró los ojos hacia Manto Polvoroso, que había apartado su mirada de Fronda—. Eso significa que tú también —terminó Esquiruela.

Ala de Tórtola se miró los flancos y se observó brevemente cada pata, pero no pudo ver ninguna herida que necesitara atención urgente. Empezó a lamer las orejas de Musaraña para limpiarlas, pero Puma le puso la punta de la cola en el hombro.

—Yo puedo cuidar de ella ahora —maulló con brusquedad.

Ala de Tórtola asintió y dio un paso atrás para dejar que el viejo gato se acercara a la cabeza de Musaraña. Cerró los ojos de dolor cuando la lengua de Puma raspó la piel de su compañera de guarida. «*¿Qué hará él sin ti, Musaraña?*».

A su lado, una gata blanca y plateada estaba recogiendo restos de hojas del pelaje de Carrasca. Ala de Tórtola apretó su flanco contra su hermana.

—¿Estás bien, Charca de Hiedra?

La gata blanca y plateada asintió sin levantar la vista.

—Estoy viva, ¿no? Gracias a Carrasca. —Charca de Hiedra recorrió con su hocico el lomo de Carrasca—. Si no hubiera sido por ella, Alcotán me habría asesinado. Carrasca dio su vida por la mía.

Ala de Tórtola se estremeció ante el temblor de la voz de Charca de Hiedra.

—Recuerda que Carrasca te está mirando ahora —murmuró—. Ella nunca se arrepentirá de lo que hizo.

Desde el otro lado del cuerpo de Carrasca, Dalia asintió. Estaba desenredando el largo pelaje negro con sus garras, deshaciendo los nudos tan suavemente como si Carrasca pudiera sentir cada tirón.

—Carrasca ha muerto como una verdadera guerrera —dijo.

Ala de Tórtola miró a su alrededor al oír los pasos de sus patas. Fronde Dorado se paseaba por el claro, moviendo la cola.

—¿Alguien ha visto a Acedera? —dijo.

Centella salió de los restos de la guarida de los veteranos, las manchas blancas de su pelaje brillaban en la penumbra. Los sonidos apagados de sus tres cachorros provenían de lo más profundo de las ramas aplastadas.

—¿Es seguro salir ahora?

—¿Ya se fueron esos gatos muertos? ¡Eran malos!

—¡Ay! ¡Pequeño Rocío me está pisando!

Centella miró por encima de su hombro. La piel de su cara destrozada estaba tensa y roja por el esfuerzo.

—¡Esperen ahí! —maulló—. Podrán salir pronto, lo prometo. —Se volvió hacia Fronde Dorado—. Vi a Acedera entrar en la maternidad. Deberías probar allí primero.

—Gracias —Fronde Dorado trotó hacia el grupo de zarzas, milagrosamente intacto gracias al valor de Fronda.

Ala de Tórtola sacudió la cabeza, tratando de despejar el zumbido de sus oídos. «*Algo está mal*», pensó. Se le erizó el pelo del lomo. «*Debería poder oír a Acedera, pero no puedo*».

—¿Te sientes bien? —preguntó Charca de Hiedra.

Ala de Tórtola no apartó los ojos de la maternidad mientras veía a Fronde Dorado entrar.

—Estoy bien —murmuró.

—*No*.

La única palabra de Fronde Dorado cayó como una piedra en el silencio del claro. Ala de Tórtola estaba en la entrada de la maternidad antes de darse cuenta de que sus patas se movían. Fronde Dorado estaba de pie en el borde del lecho de Acedera, mirando el cuerpo inmóvil de su pareja. El aire estaba espeso con el hedor de la sangre, y Ala de Tórtola la sentía pegajosa y líquida bajo sus almohadillas. Una pequeña cabeza atigrada oscura con manchas blancas apareció detrás de Acedera, con sus ojos azules enormes y preocupados.

—¡No podemos despertarla! —chilló Pequeña Lirio—. ¡Lo intentamos y lo intentamos pero sigue dormida!

Su hermana Pequeña Semilla apareció. Su pelaje rojizo claro estaba esponjado en todas direcciones, haciéndola parecer un erizo.

—¿Crees que está realmente cansada de la lucha?

—Cansada… —Fronde Dorado susurró sin levantar la mirada del dulce rostro de Acedera. Los ojos de la gata estaban ligeramente cerrados, como si acabara de dormirse.

—Pequeña Lirio, Pequeña Semilla, vengan conmigo —instó Ala de Tórtola, su voz salió como un graznido.

Las cachorras se revolvieron sobre el cuerpo de Acedera.

—Lo siento, mamá —maulló Pequeña Lirio cuando su pata se deslizó hacia la oreja de Acedera.

Ala de Tórtola trató de no estremecerse cuando vio que el pelaje del vientre de los cachorros estaba empapado de sangre. Miró de reojo a Fronde Dorado, pero él no se había dado cuenta. Sus patas se habían arrugado debajo de él y estaba acurrucado alrededor de la cabeza de Acedera, presionando su hocico contra ella.

—Despierta, mi amor —murmuró—. Nuestras cachorras te necesitan. No podemos perderte ahora.

Ala de Tórtola empujó a los cachorros hacia la entrada.

—Creo que papá está triste —dijo Pequeña Semilla—. ¿Debo quedarme y hacer que se sienta mejor?

—No, dejémosle en paz —Ala de Tórtola instó.

Siguió a los cachorros hasta el claro. Varios gatos esperaban fuera, con los ojos muy abiertos y ansiosos. Centella soltó un grito ahogado cuando vio a los gatitos manchados de sangre. Mientras avanzaba, llamó por encima del hombro:

—¿Nimbo Blanco? Dile a nuestros cachorros que se queden donde están.

Su pareja trotó hacia los restos de la guarida de los veteranos mientras Centella atraía a Pequeña Lirio y a Pequeña Semilla hacia su vientre con la cola y empezaba a lamerles el pelaje manchado. Por encima de sus cabezas, se encontró con la mirada de Ala de Tórtola con una pregunta en sus ojos. Ala de Tórtola asintió. Centella se inclinó sobre los cachorros de Acedera y los acercó a sí misma.

Esquiruela se acercó.

—¿Qué pasa?

—Acedera está muerta —maulló Ala de Tórtola, cada palabra fue arrastrada con garras afiladas como espinas.

Zarpa de Cereza se balanceó visiblemente sobre sus patas, y Candeal cerró los ojos con una mueca de dolor.

Esquiruela parecía desconcertada.

—Pero… pero ella estaba bien. No dijo nada de estar herida —la gata rojiza oscura miró a sus compañeros de Clan—. ¿Nadie se dio cuenta de que estaba herida?

Tormenta de Arena se adelantó, con los ojos todavía húmedos de dolor por Estrella de Fuego. Apoyó su cola en el hombro de Esquiruela.

—Si estaba tan malherida, no podríamos haber hecho nada para ayudarla.

Esquiruela azotó su cola.

—¡Podríamos haberlo intentado!

Se oyó un lamento desde el interior de la maternidad.

—¡Acedera! ¡No me dejes!

—Iré con él —ofreció Mili, deslizándose entre las zarzas—. No debería estar solo en este momento.

Látigo Gris se adelantó. Con un sobresalto, Ala de Tórtola se dio cuenta de que parecía viejo y cansado.

—El Bosque Oscuro cobró otra víctima —declaró el guerrero—. Que Acedera nos cuide desde el Clan Estelar. —Inclinó la cabeza.

Esquiruela se paseó ansiosamente alrededor de los gatos.

—Les dije a todos que se revisaran las heridas. ¿Ya lo hicieron? ¡No permitiré que ningún otro gato se me muera!

Ala de Tórtola sintió una punzada de culpabilidad mientras se lamía el arañazo en su costado. Debería tratarlo antes de que se infectara. Se dirigió a la guarida de los curanderos. Dentro, Zancudo estaba ayudando a Hojarasca Acuática a taponar la herida de la mordedura en el vientre de Salto de Raposo con hojas trituradas. Salto de Raposo estaba muy quieto, solo el parpadeo de sus párpados demostraba que estaba vivo.

Hojarasca Acuática levantó la vista.

—¿Estás herida, Ala de Tórtola? ¿Puede esperar? —sus ojos ámbar eran enormes por la angustia.

—Acedera murió —Ala de Tórtola maulló.

Hojarasca Acuática se levantó de un salto, casi tropezando con Salto de Raposo.

—¿Qué? ¡No me dijo que estaba herida!

—No se lo dijo a nadie —susurró Ala de Tórtola—. Creo que solo quería estar con sus cachorros.

Los hombros de la curandera se desplomaron.

—No hay nada que pueda hacer por ella ahora. Déjame terminar de tratar a Salto de Raposo, luego llevaré algunas hierbas y telarañas afuera para tratarte a ti y a cualquiera que no haya visto aún.

Ala de Tórtola regresó al claro. Los tres cuerpos de sus compañeros de Clan caídos estaban rodeados por pequeños nudos de sus parientes y amigos más cercanos. Charca de Hiedra estaba encorvada junto a Carrasca, lamiendo el suave pelaje negro de su hombro. Látigo de Abejorro estaba junto a su padre junto al cuerpo de Estrella de Fuego. El gato gris pálido llamó la atención de Ala de Tórtola y movió las orejas, como si se ofreciera a acompañarla, pero Ala de Tórtola negó con la cabeza. Látigo Gris lo necesitaba más ahora. Nimbo Blanco y Bayo estaban rebuscando entre los restos de la guarida de los guerreros, intentando sacar restos de lechos. Mientras Ala de Tórtola los observaba, Esquiruela se acercó a ellos y les dijo que se detuvieran.

—No conseguiremos nada esta noche —maulló, sonando más tranquila ahora, más como una lugarteniente del Clan—. Deberíamos descansar todos antes de que vuelva Zarzoso.

«*Para entonces será Estrella Zarzosa*», pensó Ala de Tórtola. Encontró un trozo de arena limpia cerca del tocón del árbol donde a los aprendices les gustaba practicar el salto y se acomodó. Enroscando la cola sobre sus patas delanteras, miró las estrellas pálidas y trató de ver a los nuevos guerreros del Clan Estelar que habían nacido esta noche. Pero las estrellas no eran más que fríos destellos de luz en un cielo sin profundidad, y Ala de Tórtola no sentía ningún consuelo en ellas. «*¿Realmente ganamos la batalla? Porque esto no se siente como una victoria*».

Aguzó los oídos, tratando de escuchar cómo los otros Clanes estaban lidiando con sus muertos y heridos, pero todo lo que escuchó fue un suave sonido como el viento a través de los árboles llenos de hojas. El bosque se cernía alrededor de la hondonada, oscuro y espeso, con sombras llenas de amenaza, y Ala de Tórtola se preguntaba si alguna vez volvería a sentirse segura.



CAPÍTULO 2

Ala de Tórtola se despertó y encontró la pálida luz del amanecer filtrándose entre las ramas sin hojas. Sentía un frío terrible, y su aliento flotaba en nubes en el aire quieto. Alrededor del claro, sus compañeros de Clan se levantaban de donde habían dormido bajo el cielo, acurrucados alrededor de los guerreros caídos. El cuerpo de Acedera había sido sacado de la maternidad durante la noche y se encontraba al lado de Musaraña, una salpicadura de color claro contra el suave pelo marrón de la veterana. Fronde Dorado estaba agachado junto a su pareja muerta, con los ojos cerrados, aunque Ala de Tórtola dudaba de que hubiera dormido aunque sea un momento.

Una forma atigrada oscura se movió por el claro, despertando suavemente a cada gato. Era Puma, con el hocico más gris que nunca y el pelaje erizado por la falta de descanso.

—Nuestra vigilia ha terminado —maulló en voz baja a sus compañeros de Clan—. Estos gatos deben ser enterrados. —Cuando Zarpa de Topo respondió con un gruñido de protesta, Puma le dijo—: Soy el único veterano que queda. No puedo enterrarlos solo. Necesito su ayuda.

Avergonzado, el joven gato marrón y crema se levantó y siguió a Puma por el claro hasta donde yacían los gatos muertos. Otros se unieron a ellos: Látigo Gris, Pétalo de Rosa, Flores Caídas y Látigo de Abejorro. Ala de Tórtola fue detrás de ellos, tropezando con patas que se sentían tan frías como la piedra. Al pasar por los restos de la guarida de los veteranos, oyó unos chillidos apagados, lo suficientemente fuertes como para sugerir que Dalia y Centella habían hecho sitio para los cachorros de Acedera y los mantenían alejados del claro todo lo que podían.

Látigo de Abejorro se dirigió al cuerpo de Estrella de Fuego, y Ala de Tórtola vio a su hermana acercarse a Carrasca, con los hombros encorvados por la pena. Ala de Tórtola la siguió y tomó suavemente un lado del cuello de Carrasca en su boca. Por el rabillo del ojo vio a su padre acercarse a Fronda. Nube Albina y Zancudo estaban junto al pequeño cuerpo gris, con las cabezas inclinadas y los flancos huecos por el cansancio. Cuando Betulón se acercó, Manto Polvoroso se adelantó, bloqueando a Fronda de la vista.

—Podemos arreglárnoslas, Betulón —maulló.

La punta de la cola de Betulón se movió.

—Ella era mi madre. Quiero llevarla en su último viaje.

Manto Polvoroso agachó las orejas.

—Renunciaste a ese derecho cuando traicionaste a tu Clan —gruñó, tan suave que Ala de Tórtola apenas pudo oír.

Soltó el pelaje de Carrasca y sacudió la cabeza con impaciencia, tratando de agudizar sus sentidos. Para su sorpresa, Betulón no discutió. En cambio, se dio la vuelta y volvió a la guarida de los guerreros. Ala de Tórtola abrió la boca para llamarlo, pero Charca de Hiedra le llamó la atención.

—No digas nada —le advirtió—. Hagamos esto primero. —Se agachó y tomó el otro lado de la piel del cuello de Carrasca.

Rosella y Nimbo Blanco agarraron la piel suelta de sus ancas. Sus ojos estaban oscuros de tristeza. Ala de Tórtola vio que Espinardo, Ratonero y Flores Caídas seguían a su padre de vuelta a la guarida. ¿A ellos también les habían rechazado su ayuda? Una punzada de alarma se agitó bajo el pelaje de Ala de Tórtola. «*¿Están siendo rechazados por los demás porque entrenaron con el Bosque Oscuro?*». Se distrajo mientras los otros levantaban a Carrasca del suelo, y tuvo que separar las patas para soportar su parte del peso. Carrasca no era pesada, pero su forma fría y rígida era incómoda y difícil de mover, balanceándose entre los cuatro gatos y desequilibrándolos. Manto Polvoroso y Zancudo llevaban a Fronda entre ellos como si no pesara más que un trozo de cardillo. Nube Albina caminaba detrás con la cola de su madre colgada del hombro. Látigo de Abejorro, Leonado, Carbonera y Puma llevaban a Musaraña entre ellos, la vieja gata silenciada para siempre tenía sus mandíbulas colgando ligeramente abiertas como si tuviera algo más que decir. Estrella de Fuego era llevado por Tormenta de Arena, Látigo Gris, Esquiruela y Mili. Ala de Tórtola oyó a la gata atigrada gris murmurar:

—Nacimos como mascotas, pero míranos ahora, mi precioso amigo.

Al principio, Fronde Dorado parecía reacio a dejar que nadie más tocara a Acedera, como si pudieran molestarla. Suavemente, Pétalo de Rosa, Bayo y Candeal se apretaron alrededor del cuerpo de la reina y la levantaron con tanto cuidado como si fuera un cachorro recién nacido. Fronde Dorado se inclinó para acunar la barbilla de Acedera en su nuca. Su dolor se aferraba como la niebla a su pelaje erizado y Ala de Tórtola tuvo que apartar la mirada.

Hojarasca Acuática dirigió la triste procesión fuera de la hondonada y hacia la parte más antigua del bosque en el territorio del Clan del Trueno, entre el campamento y la orilla del lago, donde los robles crecían retorcidos y plateados por la edad. El suelo aquí era suave y espeso con musgo, lo que facilitaba la excavación. Los gatos dejaron sus preciosas cargas en fila y se apartaron para dejar que Hojarasca Acuática se pusiera sobre cada guerrero caído y los enviara en su viaje al Clan Estelar. «*Ya están allí*», pensó Ala de Tórtola, recordando las formas brillantes que había visto salir del campamento destruido por la batalla. Miró a su alrededor, buscando a los gatos que habían vuelto a la guarida de los guerreros. Paso Tordino y Pinta se habían unido a la procesión de gatos caídos, pero no había rastro de los demás.

—¡Betulón no está aquí! —le susurró a Charca de Hiedra—. ¿Crees que deberíamos ir a buscarlo?

Su hermana la miró con ira en los ojos.

—Nuestro padre no está aquí porque sabe que no sería bienvenido. Todos saben que Betulón luchó del lado del Bosque Oscuro. Lo mismo con Espinardo, Ratonero y Flores Caídas. Son traidores. Al igual que yo, para algunos de nuestros compañeros de Clan.

—¡Eso es tan injusto! —Ala de Tórtola protestó en voz baja—. Todos ellos cambiaron de lealtad gracias a ti.

Charca de Hiedra inclinó su cabeza blanca y plateada.

—Nuestros pecados no se perdonan fácilmente, no cuando la batalla nos hizo perder tantos gatos. Carrasca solo murió porque me salvó de Alcotán. —Todo su cuerpo se estremeció—. Tal vez debería ser yo la que yaciera allí en su lugar.

Ala de Tórtola se acercó a su hermana y envolvió su cola sobre el flanco de Charca de Hiedra.

—¡Nunca digas eso! —siseó—. Carrasca sabía lo que estaba haciendo. Murió como una verdadera guerrera, no lo olvides.

Hojarasca Acuática terminó las palabras de la ceremonia, deseando a cada gato un viaje seguro y rápido a sus ancestros estelares y prometiendo

verlos de nuevo. Caminó lentamente a lo largo de la fila de gatos muertos, tocando con su hocico cada cabeza inmóvil y fría. Se detuvo mucho tiempo junto a Carrasca, moviendo los labios mientras susurraba un último mensaje a su hija. Ala de Tórtola se encontró aguzando instintivamente las orejas para escuchar, y luego se dio la vuelta. Fuera lo que fuera lo que decía Hojarasca Acuática, no era para que nadie más que Carrasca lo oyera. Ala de Tórtola esperaba que la gata negra estuviera escuchando, estuviera donde estuviera. Esquiruela se unió a Hojarasca Acuática junto a Carrasca y permaneció en silencio por un momento. La lugarteniente tenía los ojos cerrados y los hombros encorvados por el dolor. Luego abrió los ojos y levantó la cabeza.

—Solo nosotros sabemos la deuda que tenemos con estos gatos. Depende de cada uno de nosotros que sus muertes no hayan sido en vano. —Miró a Estrella de Fuego y extendió su pata delantera para tocar su mejilla—. Duerme bien, padre mío —susurró.

Puma se adelantó.

—No caven los agujeros demasiado juntos —roncó—. Deben tener al menos un zorro de distancia de profundidad. Por seguridad —añadió, arrastrando las patas—. Oh, y si el agujero empieza a llenarse de agua, déjenlo y caven otro más arriba en la ladera.

—Gracias por compartir tus conocimientos con nosotros, Puma —maulló Esquiruela—. ¿Hay algo más?

El viejo gato atigrado movió las orejas.

—Bueno, a Musaraña le gustaba ver cómo se ponía el sol sobre el lago. Decía que parecía que el agua estaba en llamas —su voz se apagó y tragó saliva—. Así que iba a enterrarla donde todavía tuviera una buena vista. Quizá por ahí —señaló con la cabeza un montículo de hierba con una clara línea de visión hacia el lago—. Sé que no está realmente aquí, pero me parece el lugar adecuado para ella.

Tormenta de Arena se movió a su lado y pasó su cola por su huesuda columna vertebral.

—Es una idea encantadora, Puma. Por supuesto que podemos hacerlo.

Ala de Tórtola parpadeó para alejar la humedad que se acumulaba en sus ojos.

—Vamos —maulló a Charca de Hiedra—. Busquemos un lugar para Carrasca.

Los gatos comenzaron a moverse en silencio entre los árboles, eligiendo lugares suaves pero bien secos para cada hueco. Rosella se

detuvo junto a un joven arbusto de acebo que crecía al lado del montículo que Puma había seleccionado para Musaraña.

—¿Y aquí? —dijo por encima del hombro.

Nimbo Blanco se acercó y pinchó el suelo con su pata.

—Sí, aquí debería estar bien —comenzó a raspar el mantillo de hojas, empujándolo más abajo del árbol.

Ala de Tórtola y Charca de Hiedra se unieron a él y empezaron a recoger la tierra. En la cima del montículo, escuchó a Látigo de Abejorro, Carbonera y Leonado marcando un espacio para Musaraña.

—Háganlo un poco más largo —ordenó Puma—. Dénle espacio para que se estire.

Se hizo el silencio entre los árboles, aparte de los sonidos de la excavación y un ocasional gruñido de esfuerzo. Ala de Tórtola sentía el pelaje caliente y espinoso, pero seguía adelante, aunque la tierra húmeda estaba incómoda bajo sus garras y los ojos le escocían por los trozos de tierra que salían de las patas de Charca de Hiedra. Rosella y Nimbo Blanco trabajaban en el otro extremo del agujero, apretados contra el arbusto de acebo, pero sin quejarse incluso cuando las hojas puntiagudas les pinchaban la piel.

—¡Ay! —se oyó una exclamación seguida de una maldición ahogada procedente de algún lugar por encima de la cabeza de Ala de Tórtola.

Levantó la vista y vio a Leonado sosteniendo su pata delantera. La sangre goteaba de una garra rota.

Carbonera corrió hacia él.

—¿Qué pasó?

Leonado sacudió sus patas, esparciendo gotas escarlatas sobre el musgo.

—Me enganché en una raíz —maulló—. Estoy bien.

Carbonera inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Estás seguro? —su voz estaba cargada de significado, y Ala de Tórtola lo entendió. Se suponía que Leonado no podía ser herido como otros gatos. Era el poder que lo hacía invencible en la batalla. Si los gatos del Bosque Oscuro no podían herirle, ¿por qué iba a hacerlo una inofensiva raíz de árbol?

Leonado se volvió hacia el agujero.

—Te dije que no es nada —gruñó, con la voz apagada por la tierra que volaba.

Ala de Tórtola empezó a cavar de nuevo. «*No significa nada* —se dijo a sí misma—. *Leonado está agotado por la batalla. No puede protegerse*

como suele hacerlo». El zumbido en sus oídos ahogó el sonido de sus patas escarbando en la tierra hasta que Ala de Tórtola no pudo oír nada más que su propia respiración.

Por fin los cinco gatos habían sido depositados en sus lechos de tierra y cubiertos. Puma revisó cada uno cuidadosamente para asegurarse de que ningún olor se aferrara a la capa superior de hojas.

—No queremos atraer a nada que pueda tener hambre —explicó.

Ala de Tórtola sintió una ráfaga de afecto por el viejo gato. En este momento, nadie pensaría que no era nacido en un Clan, y que nunca había sido un guerrero.

Los gatos regresaron a la hondonada y se hundieron en el claro, demasiado agotados para buscar algo del montón de carne fresca. Estaba bien abastecido con dos gorriones y una ardilla; Ala de Tórtola supuso que Betulón y los demás habían ido a cazar. Un gesto de reconciliación, se preguntó. Pero se dio cuenta de que ninguno de los gatos que habían participado en los entierros se esforzaba por dar las gracias a sus compañeros de Clan, ni siquiera por hablar con ellos. Ala de Tórtola hizo una mueca de dolor cuando Manto Polvoroso pasó por delante de Betulón sin mirarlo. «*¡Es tu hijo!* —quiso gritar—. *¡No es tu enemigo!*».

La noche estaba cayendo y los gatos apenas empezaban a revolverse en busca de sus lechos temporales cuando el sonido de pasos llegó desde la entrada de la hondonada y Estrella Zarzosa saltó sobre las zarzas aplastadas. Glayo lo siguió con más cautela, abriéndose paso entre los zarcillos. Ala de Tórtola se quedó mirando al nuevo líder del Clan del Trueno. Su pelaje marrón oscuro parecía más brillante que antes, como si estuviera iluminado por la luz de las estrellas, y sus ojos ámbar brillaban. ¿Era porque le habían dado nueve vidas? Ala de Tórtola se esforzó por escuchar los susurros de los guerreros del Clan Estelar a su alrededor, pero no había nada más que el sonido de sus compañeros de Clan moviéndose cansadamente por el campamento. Se reprendió a sí misma por ser fantasiosa.

Esquiruela cojeó hasta encontrarse con Estrella Zarzosa en el centro de la hondonada.

—Bienvenido —ronroneó, bajando la cabeza. También parecía estar asombrada por él.

Estrella Zarzosa miró a su alrededor y entrecerró los ojos cuando vio a Betulón, Espinardo, Ratonero y Flores Caídas sentados en el borde del claro, un poco alejados de los demás gatos.

—¿Qué pasa? —maulló—. ¿No han estado todos enterrando a los demás hoy?

Esquiruela se acercó a Estrella Zarzosa. Habló cerca de su oído, y el movimiento de la punta de su cola delataba su incomodidad. Ala de Tórtola se inclinó hacia ellos, esforzándose por escuchar lo que decía la lugarteniente.

—No creo que esa sea una conversación para tus oídos —maulló una voz detrás de ella.

Ala de Tórtola dio un respingo y miró a su alrededor para ver a su madre observándola con preocupación en sus pálidos ojos azules.

—Tú… dijiste que puedes oír cosas —Candeal continuó—. Incluso cuando no estás lo suficientemente cerca para escuchar como otros gatos.

Ala de Tórtola asintió. Para su sorpresa, Candeal suspiró y acarició el hombro de Ala de Tórtola con su cola.

—Eso debe sentirse muy extraño —murmuró—. ¿Alguna vez tienes paz? Ojalá me lo hubieras dicho antes. Podría haberte ayudado.

—Era parte de una profecía —maulló Ala de Tórtola, sintiéndose muy incómoda—. Me dieron este poder para ayudar a los Clanes contra el Bosque Oscuro. Está bien, lo prometo.

Su madre se enderezó, todavía con cara de preocupación.

—Si alguna vez quieres hablar conmigo de ello, siempre estoy aquí. —Señaló con la cabeza a Estrella Zarzosa y Esquiruela—. Y sigo pensando que aunque *puedas* escuchar algo, no significa que *debas* hacerlo.

Ala de Tórtola se miró las patas.

—Está bien —maulló—. De todos modos, no puedo distinguir lo que dicen. Mis oídos aún no han dejado de zumbar por la batalla, y me duele la cabeza.

—¿Por qué no vas a ver si Glayo puede darte algo para eso? —incitó Candeal—. Todas las heridas han sido tratadas ahora. No hace falta que pases dolor.

Ala de Tórtola se acercó a la entrada de la guarida de curanderos y miró a través de la pantalla de zarzas.

—¿Glayo? ¿Puedo entrar?

La cabeza del curandero apareció entre las frondas. Su pelaje se erizó y su cara estaba tensa por la tensión.

—¿Es urgente? —espetó—. Hojarasca Acuática está durmiendo y yo estoy en medio de cambiar las vendas de Salto de Raposo.

—¿Cómo está? —preguntó Ala de Tórtola, con el vientre apretado.

Glayo miró por encima de su hombro al guerrero, que era una débil forma encorvada dentro de la guarida. Luz de Garbeña estaba apoyada en sus patas delanteras a su lado, lamiéndole las orejas.

—No está bien —respondió Glayo—. Ahora, ¿qué quieres?

—Está bien, puede esperar —Ala de Tórtola maulló. Comenzó a retroceder—. Volveré mañana si lo necesito.

Glayo desapareció de nuevo en la guarida, dejando a Ala de Tórtola mirando las zarzas temblorosas. Estaba acostumbrada al mal genio de Glayo y a sus maneras enérgicas, pero esto era diferente. Parecía… asustado. ¿Pero qué podría ser más aterrador que el ataque del Bosque Oscuro? La batalla se había ganado. Seguramente no había nada más que temer.



CAPÍTULO 3

—¡Ay! Cuidado con mis ojos!

—¡Lo siento! —Ala de Tórtola dejó caer su extremo de la zarza y retrocedió para dejar que Látigo de Abejorro se alejara.

Estaban trabajando en la pared derrumbada de la guarida de los guerreros. Se suponía que Manto Polvoroso estaba supervisando, pero había desaparecido; Ala de Tórtola supuso que estaba visitando el lugar de enterramiento de Fronda. Solo habían pasado dos amaneceres desde que enterraron a los gatos que cayeron en la batalla, y ni Manto Polvoroso ni Fronde Dorado parecían dispuestos a dejar a sus parejas solas en sus fríos lechos de tierra. Ninguno de sus compañeros de Clan los había retado por ello; no había más que compasión por su silencioso dolor.

Sin embargo, los gatos que habían luchado brevemente del lado del Bosque Oscuro seguían siendo tratados como si tuvieran tos verde. Habían empezado a dormir por separado en un espacio detrás de la guarida de los veteranos. Anoche, Charca de Hiedra se había unido a ellos, y Ala de Tórtola se preguntó si su hermana se sentía culpable porque parecía ser tratada más favorablemente por los gatos que la habían visto enfrentarse a Alcotán. El pelaje de Ala de Tórtola se agitó ante la injusticia de la situación, y esperó a que Estrella Zarzosa dijera algo, pero él estaba ocupado con Esquiruela, organizando patrullas para cazar comida y reparar las guaridas.

Látigo de Abejorro dio un codazo a Ala de Tórtola.

—Está bien, creo que me escapé con vista —bromeó—. Vamos, ayúdame a desenredar esta hiedra. —Comenzaron a desenredar el nudo de hojas verde oscuro. Todos los gatos trataban de salvar todo lo que podían

de las guaridas para ahorrarse tener que buscar ramas de hojas frescas tan tarde en la temporada.

De repente, Carbonera, que estaba trabajando al otro lado del muro, dejó escapar un suave maullido.

—¡Estrella Negra está aquí!

Ala de Tórtola se asomó por alrededor de la guarida y vio al líder del Clan de la Sombra entrar cojeando en el claro con su lugarteniente cerca de él; tan cerca, de hecho, que sus hombros se tocaban, como si Serbal estuviera sosteniendo a su líder.

Látigo de Abejorro dejó la hiedra y se acercó a Ala de Tórtola.

—Me pregunto qué querrá.

No había ninguna sospecha en su tono; de hecho, ninguno de los gatos del Clan del Trueno que habían dejado de trabajar para observar a los recién llegados estaba erizado de hostilidad. «*El Bosque Oscuro lo cambió todo*», reflexionó Ala de Tórtola, recordando una época no muy lejana en la que estos visitantes habrían sido tratados con desconfianza. Ahora ni siquiera habían sido desafiados mientras entraban lentamente en la hondonada.

—¡Estrella Negra! Ven y siéntate —Estrella Zarzosa bajó de un salto por las rocas de la Cornisa Alta y le mostró al líder del Clan de la Sombra un espacio en la hierba donde podía descansar sus temblorosas piernas.

—Grandioso Clan Estelar, ¡Estrella Negra parece tan viejo que apenas está vivo! —comentó Carbonera en voz baja junto a Ala de Tórtola.

Esquiruela se unió a ellos desde la maternidad, donde había estado ayudando a Dalia a entretener a todos los cachorros mientras Centella estaba fuera en una patrulla de caza.

—¿Va todo bien en el Clan de la Sombra? —preguntó Esquiruela, intercambiando asentimientos con Serbal.

—Estamos bien —rasgueó Estrella Negra, tan débilmente que Ala de Tórtola apenas lo oyó.

«*Ya pasaron dos días desde la batalla; ¿por qué no puedo oír nada todavía?*», pensó frustrada.

Estrella Negra parecía tener problemas para hablar debido a la respiración sibilante de su pecho, así que Serbal continuó:

—Vinimos a hablar contigo sobre los gatos del Bosque Oscuro que aún caminan entre nosotros —anunció.

Ala de Tórtola se estremeció. ¿Qué gatos del Bosque Oscuro? Miró a su alrededor y vio a sus compañeros de Clan erizarse.

—Como sabes —continuó Serbal—, el ataque del Bosque Oscuro fue ayudado en parte por guerreros de los Clanes vivos. —Hizo una pausa y miró el claro a su alrededor como si quisiera nombrar a esos gatos ahora mismo—. Algunos de ellos sobrevivieron a la batalla. Tenemos que decidir qué se debe hacer con ellos.

Estrella Zarzosa movió las patas.

—Estoy de acuerdo en que es algo que hay que pensar, pero supuse que cada líder de Clan lo decidiría solo. Se trata de nuestros propios compañeros de Clan, después de todo.

Estrella Negra se incorporó con dificultad a sus patas y azotó su cola.

—¡Todavía estamos obligados por nuestra alianza durante la Gran Batalla! —siseó—. Este es un problema al que se enfrentan todos los Clanes, y por lo tanto debemos tratarlo juntos. No puede haber ninguna desigualdad entre nosotros.

—¡Wow! —Látigo de Abejorro respiró en el oído de Ala de Tórtola—. Sí sabe que la batalla terminó, ¿no? ¡No estamos aliados con el Clan de la Sombra ahora!

Estrella Zarzosa dejó que su mirada recorriera la hondonada, terminando en los cuatro gatos que estaban apartados del resto, limpiando las zarzas pisoteadas de un lado de la entrada.

—Muy bien, Estrella Negra —maulló—. Tal vez sea correcto que acordemos un curso de acción juntos. ¿Nos reunimos en la isla mañana por la noche?

Estrella Negra asintió.

—Enviaré el mensaje al Clan del Río y al Clan del Viento, si permites que mis guerreros viajen por su orilla.

—Por supuesto —Estrella Zarzosa maulló. Se levantó y caminó junto al viejo gato blanco mientras éste empezaba a marcharse—. Gracias por venir, Estrella Negra. Descansa un poco antes de que nos reunamos en la isla.

Estrella Negra se limitó a gruñir. Serbal inclinó la cabeza hacia Estrella Zarzosa y guió a su líder a través de los restos de la barrera, luego lo condujo hacia los árboles.

El pelaje de Ala de Tórtola se había erizado a lo largo de su manto, y Látigo de Abejorro lo alisó con su hocico.

—Cálmate —maulló—. ¡No estás en problemas!

—¡Pero Charca de Hiedra podría estarlo! —espetó Ala de Tórtola—. ¡Y mi padre! ¡Estos gatos no pueden ser castigados por creer las mentiras que los guerreros del Bosque Oscuro les dijeron!

Látigo de Abejorro comenzó a deshacer el nudo de hiedra una vez más.

—No podemos olvidar lo que pasó, Ala de Tórtola. Tal vez necesiten algún tipo de castigo para asegurarse de que entienden que lo que hicieron estuvo mal.

—Flores Caídas es tu hermana —Ala de Tórtola maulló suave—. ¿Realmente crees que haría algo para traicionar a su Clan?

El gato gris no levantó la vista de la hebra de hiedra.

—El entrenamiento en el Bosque Oscuro nunca fue parte del código guerrero —murmuró.

—¡Tampoco lo fue que gatos muertos volvieran a la vida para atacarnos! —Ala de Tórtola extendió una pata delantera y la apoyó en el hombro de Látigo de Abejorro—. Nuestros compañeros de Clan tomaron una decisión terrible, pero cuando importaba, fueron leales a nosotros, y solo a nosotros.

Látigo de Abejorro finalmente la miró, con los ojos preocupados.

—Realmente crees eso.

Ala de Tórtola asintió.

—Charca de Hiedra es mi hermana, al igual que Flores Caídas es la tuya. Confiaría en mi hermana con mi vida. ¿No sientes lo mismo?

Hubo una pausa, y luego Látigo de Abejorro asintió.

—Gracias, Ala de Tórtola —susurró.

Antes de que Ala de Tórtola pudiera decir algo más, Estrella Zarzosa habló justo detrás de ella.

—Ala de Tórtola, ¿puedo hablar contigo?

Ala de Tórtola casi saltó en el aire. ¿Cómo no se había dado cuenta de que se acercaba a ella?

—Me gustaría que vinieras conmigo al encuentro con los otros líderes —maulló Estrella Zarzosa—. Glayo estará conmigo, por supuesto, y los gatos que fueron entrenados por el Bosque Oscuro, pero creo que tú y Leonado deberían estar presentes también. Ambos saben más de lo que planeó el Bosque Oscuro que muchos de nosotros —parpadeó—. Por la profecía, ¿verdad?

Ala de Tórtola asintió en silencio.

—Bien —Estrella Zarzosa se dio la vuelta—. Saldremos mañana al atardecer. Asegúrate de descansar durante el día.

Ala de Tórtola no volvió a ayudar a Látigo de Abejorro de inmediato. En cambio, se quedó muy quieta, escuchando los susurros a su alrededor. El resto del Clan del Trueno parecía entusiasmado ante la perspectiva de

elegir un castigo para los traidores entre ellos. Ala de Tórtola sintió una oleada de impaciencia ante su estupidez. «*¿No pueden ver que son guerreros leales que cometieron un error? ¿Acaso ustedes mismos son tan perfectos?*». Luego ladeó la cabeza y trató de captar lo que se decía en el Clan de la Sombra. ¿Estaban esos gatos igual de emocionados? Pero lo único que oyó fue el crujido de las ramas mientras Látigo de Abejorro y Carbonera trabajaban a su lado, y un chillido procedente de la guarida de los veteranos cuando uno de los cachorros pisó una espina. Cuando trató de imaginar el campamento vecino, su mente se nubló y se volvió borrosa, como si estuviera llena de niebla. Ala de Tórtola sintió que un hilillo de miedo se filtraba en su pelaje. «*¿Por qué no puedo oír y ver como antes? ¿Me pasó algo?*».

Miró a Charca de Hiedra, que estaba sacando musgo limpio de un fardo que habían sacado de la maternidad. Su hermana tenía más que suficiente de qué preocuparse sin que Ala de Tórtola añadiera sus preocupaciones sobre sus sentidos. Glayo estaba demasiado ocupado con Salto de Raposo y los otros gatos heridos, y Leonado estaba constantemente de patrulla. Ala de Tórtola recordó su garra rota durante el entierro, y se estremeció. Ya no podía oír, y Leonado podía sufrir heridas.

«*¿Pasó algo con todos nuestros poderes?*».



CAPÍTULO 4

Una tenue luna de tres cuartos se mostraba sobre las copas de los pinos mientras los gatos cruzaban el árbol-puente hacia la isla. Ala de Tórtola se mantuvo cerca de Charca de Hiedra, tratando de consolar a su hermana sin decir nada. Charca de Hiedra caminaba con la cabeza alta y la cola enroscada con confianza sobre su espalda, pero Ala de Tórtola sabía que tenía miedo de lo que pudiera decirse en esa reunión. Estrella Zarzosa y Glayo lideraban la patrulla del Clan del Trueno, y Betulón, Espinardo, Ratonero y Flores Caídas iban en la retaguardia. Los cuatro gatos irradiaban tensión y el pelaje se les erizaba a lo largo de sus lomos; Ala de Tórtola deseaba que se relajaran y no parecieran tener algo de lo que avergonzarse.

Estrella Negra ya estaba sentado al pie del árbol de roble, flanqueado por su curandero, Cirro. Ambos gatos parecían frágiles y delgados contra el robusto tronco. Sus compañeros de Clan, Corazón de Tigre y Lomo Rajado, estaban sentados a una cola de distancia, con las orejas agitadas. Estrella Zarzosa se detuvo a medio camino del claro y señaló con la cola a sus compañeros de Clan, invitándolos a sentarse.

—Nos quedaremos aquí —maulló en voz baja.

Ala de Tórtola sintió una punzada de alivio al saber que se quedaría con ellos en lugar de irse a sentar con Estrella Negra.

Estrella de Bigotes llegó antes de que los gatos del Clan del Trueno terminaran de instalarse. Iba acompañado de su curandero, Vuelo de Azor, y de Ventolero. Los ojos del guerrero negro brillaron desafiantes. «*Está claro que no cree haber hecho nada malo*», pensó Ala de Tórtola.

Los tres Clanes esperaron en silencio, escuchando el susurro de los helechos mientras los últimos gatos se acercaban. Estrella Vaharina salió primero de entre los helechos, seguida de cerca por Ala de Mariposa y Nívea. Ala de Tórtola parpadeó. ¡El Clan del Trueno era de lejos el que más gatos había traído! ¿Qué decía eso de su lealtad al código guerrero?

Estrella Zarzosa pareció adivinar lo que sus compañeros de Clan estaban pensando.

—Los otros Clanes perdieron gatos que lucharon con el Bosque Oscuro —murmuró—. Todos ustedes sobrevivieron, por eso somos más aquí.

Eso no hizo que Ala de Tórtola se sintiera mucho mejor. Sintió calor en su pelaje, y se giró para ver a Corazón de Tigre mirándola. Apartó la mirada rápidamente. Esa era una complicación que no necesitaba.

Estrella de Bigotes habló primero.

—¿Por qué Leonado y Ala de Tórtola están aquí? —preguntó—. No eran parte del Bosque Oscuro, ¿o sí?

—No —Estrella Zarzosa respondió—. Pero saben tanto como yo de la participación de nuestros compañeros de Clan en el Bosque Oscuro. —Entró en el espacio entre los cuatro Clanes y miró a los otros líderes—. Debemos prestar atención a la verdad de lo sucedido y a por qué estos gatos se comportaron como lo hicieron. La batalla terminó; ya no son nuestros enemigos.

Su pelaje estaba erizado y Ala de Tórtola sabía que, a pesar de lo que había dicho, le preocupaba la presencia de tantos gatos del Clan del Trueno. Fuese cual fuese el castigo elegido, el Clan del Trueno sería el más afectado. El ambiente en el claro crepitaba de tensión. Se sentía extraño tener a los líderes de pie entre los otros gatos, y los guerreros que habían sido asociados con el Bosque Oscuro se erizaron como si estuvieran listos para defenderse con dientes y garras.

Estrella Vaharina levantó la cabeza.

—Como saben, Insectero y Vuelo Vacío murieron en la batalla, así que no pueden responder a nada de lo que hicieron. Nívea sabe que su lealtad fue puesta a prueba por el Bosque Oscuro, y que falló. Pero ha aprendido de esto y ahora no dudo de ella. Siempre ha sido una buena guerrera. Me gustaría darle la oportunidad de volver a serlo.

—Lo mismo ocurre con Ventolero —declaró Estrella de Bigotes—. Hemos sufrido grandes pérdidas durante la batalla. ¿Por qué querría castigar a uno de los pocos guerreros que me quedan? Necesitamos a Ventolero de patrulla, no desperdiciado por algo que ya terminó.

—¡Pero rompieron el código del guerrero! —Estrella Negra protestó. Miró a Corazón de Tigre y Lomo Rajado, y sus ojos estaban llenos de dolor—. Traicionaron al Clan, a su líder y a ellos mismos. ¿Cómo puede quedar esto impune?

Estrella de Bigotes dejó que su mirada se posara en los gatos del Clan del Trueno.

—Supongo que tenemos que afrontar el hecho de que algunos de nuestros compañeros de Clan fueron reclutados por el Bosque Oscuro, por la razón que sea. Algunos Clanes más que otros —añadió significativamente.

Ala de Tórtola sintió que su pelaje ardía de indignación. Estrella Zarzosa abrió la boca para hablar, pero Estrella Vaharina lo interrumpió.

—Debe haber una forma de avanzar sin debilitar más a nuestros Clanes —maulló—. Ninguno de nosotros puede prescindir de más guerreros, así que el exilio no es una opción.

Ala de Tórtola parpadeó. «*¡Exilio!*». Ni siquiera había pensado que eso fuera una posibilidad. Se acercó a Charca de Hiedra.

—Tienes que contarles lo que pasó —le susurró a su hermana—. Cómo Alcotán te reclutó. ¡No estabas siendo desleal a tu Clan! ¡Tienen que entender eso!

Estrella Zarzosa escuchó y asintió.

—Vamos, Charca de Hiedra. Por favor.

La guerrera plateada y blanca parecía amedrentada mientras se dirigía al centro del claro, pero cuando habló su voz era firme.

—Creo que ayudaría a entender por qué algunos de nosotros nos unimos al Bosque Oscuro —comenzó. Estrella de Bigotes y Estrella Negra se erizaron, pero Charca de Hiedra siguió hablando—: No fue porque odiáramos a nuestros compañeros de Clan, o porque no creyéramos en el código guerrero. Pensamos que estábamos aprendiendo más habilidades que ayudarían a los Clanes. Los gatos del Bosque Oscuro nos buscaron en nuestros sueños y… y utilizaron nuestros motivos más personales para ofrecer una forma diferente de entrenar. —Miró a Ala de Tórtola, que parpadeó.

«*¿Yo fui uno de esos motivos?*», se preguntó alarmada.

A su alrededor, Betulón y los demás asentían.

—Alcotán se acercó a mí —continuó Charca de Hiedra—. Me hizo creer que lo mejor que podría hacer por el Clan del Trueno sería entrenar con guerreros del Bosque Oscuro. Sería más valiente, mejor en la lucha, más leal a mis compañeros de Clan. Me hizo sentir… importante. —Hizo

una pausa por un momento, y luego continuó—: Oí que Alcotán y Estrella de Tigre planeaban atacar a los Clanes. Se lo conté a mis compañeros de Clan y me convertí en espía, informando de todo lo que aprendía sobre el Bosque Oscuro. Sabía que otros gatos de los Clanes estaban siendo entrenados, pero para evitar sospechas no les dije nada. —Miró por encima del hombro a su padre—. Solo cuando comenzó la batalla les conté la verdad, y al instante me siguieron hasta nuestros compañeros de Clan para luchar junto a ellos. Nunca tuvieron la intención de ser desleales. Al igual que yo, pensaron que se les estaba dando la oportunidad de ser mejores guerreros.

Ventolero se mostraba engreído y Ala de Tórtola sintió el impulso de arrancarle las orejas. Estaba segura de que él no había querido ser un mejor guerrero del Clan del Viento. Había querido poder y fuerza, eso era todo.

Betulón se inclinó hacia Ala de Tórtola como si pudiera leer sus pensamientos.

—Si uno de nosotros va a ser perdonado, todos deben ser perdonados —maulló.

Estrella Negra se levantó sobre sus patas.

—Has hablado bien —dijo con voz rasposa—. Eres Charca de Hiedra, ¿no? —La miró, con los ojos nublados—. Pero vi a mis propios compañeros de Clan atacarse entre sí. ¿Cómo fue eso ser leal, o un mejor guerrero?

—Nos habían prometido una forma diferente de servir a nuestro Clan —Charca de Hiedra insistió.

—Te creo —maulló Estrella Vaharina—. Gracias, Charca de Hiedra.

Estrella de Bigotes trazó su pata delantera en el polvo.

—No necesito saber por qué Ventolero tomó sus decisiones. Solo necesito confiar en él a partir de ahora. Lo cual ya hago.

Estrella Negra sacudió su gran cabeza blanca.

—No sé si puedo estar de acuerdo con esto. —Evitó mirar a Corazón de Tigre y Lomo Rajado, que lo miraban consternados.

Ala de Tórtola sintió una punzada de alarma. ¿Qué pasaría con Corazón de Tigre? Ella sabía que era leal al Clan de la Sombra.

—Parece que todos pensamos de forma diferente sobre estos gatos —continuó Estrella Negra. Sonaba confuso, como si no pudiera entender por qué la alianza entre los cuatro Clanes se había desvanecido.

—Con razón —Estrella Zarzosa maulló. Miró a Ventolero—. Hay al menos un guerrero aquí que atacó a los gatos del Clan del Trueno junto a

los guerreros del Bosque Oscuro. No puedo ver eso más que como una traición al código guerrero.

—Ventolero nunca se volvió contra sus propios compañeros de Clan —maulló Estrella de Bigotes—. Esa es la esencia del código guerrero, seguramente. Y él es mi guerrero, así que depende de mí lo que le ocurra.

Estrella Vaharina asintió.

—Estoy de acuerdo en que cada uno debe ser responsable de sus propios compañeros de Clan. Después de todo, conocemos mejor a nuestros guerreros.

Estrella Negra agachó las orejas.

—¡Pero debemos seguir un único curso de acción! Si no, ¿cómo será justo?

—¡El Clan de la Sombra no puede decidir nada en nombre del Clan del Viento! —escupió Estrella de Bigotes.

—Los Clanes se llevaban mejor cuando estábamos unidos contra el Bosque Oscuro —Espinardo murmuró—. La paz ha sacado a relucir las viejas rencillas.

Ala de Mariposa salió de detrás de Estrella Vaharina y se situó en el centro de los gatos con la luz de las estrellas brillando en su pelaje.

—Sugiero que cada uno de estos gatos haga un nuevo juramento de lealtad al código guerrero —maulló—. Caminaron por un camino diferente durante un tiempo, pero ahora deben volver a las cosas como eran. No necesitan ser castigados, ninguno de nuestros Clanes debería sufrir más dolor, pero merecemos tener alguna señal clara de que podemos volver a confiar en ellos.

Ala de Tórtola respiró aliviada. Parecía la solución obvia, y por los asentimientos de los líderes de los Clanes, parecía que estaban de acuerdo.

Lomo Rajado agitó su cola marrón.

—Este juramento… ¿tenemos que jurarlo ahora? ¿Delante de gatos que no tienen nada que ver con nosotros?

—No —maulló Estrella Zarzosa—. Creo que esto es un asunto que debe tratar cada Clan por su cuenta. ¿Qué opinas, Estrella Negra? —añadió.

El viejo gato esperó un momento antes de responder.

—Me encargaré de que se haga en cuanto volvamos a nuestro campamento —maulló.

Estrella de Bigotes inclinó la cabeza.

—Yo también lo haré.

Ala de Tórtola sintió otro destello de ira hacia Ventolero. Había visto sus furiosos ataques a sus compañeros de Clan. No había nada de noble en él. No merecía el perdón de nadie. «*Al menos mi padre y Charca de Hiedra serán aceptados de nuevo en el Clan del Trueno* —pensó—. *Tenemos demasiado que hacer para reparar el campamento y aumentar nuestras fuerzas antes de la estación sin hojas como para preocuparnos por lo que pasó antes de la Gran Batalla*».

Los gatos empezaron a salir del claro. Corazón de Tigre se puso a la altura de Ala de Tórtola y le llamó la atención, con un enjambre de preguntas en su mirada. Ala de Tórtola apartó la cabeza. Era parte del pasado, al igual que la batalla con el Bosque Oscuro.



CAPÍTULO 5

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar se reúnan!

Las palabras de Estrella Zarzosa seguían resonando en los acantilados cuando los gatos empezaron a aparecer de sus guaridas a medio construir y de los matorrales de zarzas. Era demasiado temprano incluso para que las patrullas del alba hubieran salido; la luna aún era visible contra el cielo gris pálido. Ala de Tórtola miró al gato atigrado oscuro que estaba de pie en la Cornisa Alta y se preguntó qué se sentía al convocar al Clan como su líder. Si Estrella Zarzosa se sentía intimidado por su nueva posición, no mostraba ninguna señal de ello.

Cuando todos los gatos estaban de pie en el claro, bostezando y desarreglados por el sueño, Estrella Zarzosa bajó medio camino por las rocas caídas.

—Los líderes de los cuatro Clanes han decidido que cualquier gato que haya luchado del lado del Bosque Oscuro en la Gran Batalla debe hacer un nuevo juramento de lealtad al código guerrero. —Un murmullo recorrió el Clan. Estrella Zarzosa levantó la cola para pedir silencio—. Después de esto, el pasado será olvidado en favor de mirar hacia nuestro futuro. Este Clan debe estar unido si queremos sobrevivir a nuestras pérdidas, y a la estación sin hojas que nos espera. ¿Está claro? —miró a los gatos, y Ala de Tórtola notó que algunos de ellos aplanaban las orejas, incluyendo a Manto Polvoroso y Bayo.

—Nos estás pidiendo que perdonemos demasiado —maulló Manto Polvoroso, y hubo asentimientos a su alrededor.

—Ningún gato del Clan del Trueno terminó la batalla luchando por el Bosque Oscuro —Estrella Zarzosa señaló—. Cuando supieron la verdad

sobre sus nuevos aliados, no mostraron más que lealtad a los Clanes. Hay poco que perdonar, en mi opinión.

Manto Polvoroso no parecía satisfecho, y Bayo siseó algo al oído de Rosella. Ala de Tórtola miró a su padre. Betulón, Espinardo, Ratonero, Flores Caídas y Charca de Hiedra estaban de pie a un lado de los gatos, con las colas apretadas por la tensión.

—Espero que esto funcione —murmuró Látigo de Abejorro.

Ala de Tórtola apoyó la punta de su cola en su hombro. «*Yo también lo espero*».

Estrella Zarzosa asintió a los cinco gatos.

—Vengan —invitó, bajando por las rocas hasta situarse en el claro.

Los guerreros se alinearon frente a él. Estrella Zarzosa parecía nervioso por primera vez, y Ala de Tórtola se dio cuenta de que no se había decidido nada sobre la forma que debía adoptar esta ceremonia. ¿Cómo iba a saber Estrella Zarzosa qué decir?

—Guerreros del Clan del Trueno —comenzó—, solo ustedes saben la verdadera razón por la que se dejaron convencer para unise a los gatos del Bosque Oscuro. Esa razón, sea cual sea, ya no importa. Lo único importante es que son leales al Clan del Trueno y al código guerrero, excluyendo todo lo demás. Sin importar lo que se les prometa —añadió con una nota de piedra en su voz.

Los cinco gatos asintieron. Estrella Zarzosa pensó un momento, y luego continuó.

—Repitan conmigo: Soy un verdadero guerrero del Clan del Trueno, leal a mis compañeros de Clan y al código desde este momento en adelante hasta que sea mi momento de unirme al Clan Estelar.

Betulón comenzó a hablar primero, y luego los demás se unieron, un poco torpemente y erizados de incomodidad. Ala de Tórtola sintió una puñalada de indignación por el hecho de que Charca de Hiedra tuviera que jurar junto a los demás. ¡Ella había arriesgado su vida espiando al Bosque Oscuro! ¿Qué mayor prueba de su lealtad necesitaba Estrella Zarzosa?

Cuando los gatos llegaron al final del juramento, Estrella Zarzosa agitó la cola.

—Que este sea el fin a las divisiones dentro de este Clan —declaró—. Todos saben lo que tienen que hacer para que el Clan del Trueno vuelva a ser fuerte. Sigan adelante, y que el Clan Estelar ilumine su camino. —Movió las orejas como señal para que la reunión se disolviera. La mayoría de los gatos se dirigieron a sus guaridas para lavarse y organizar

las patrullas, pero unos pocos se quedaron agrupados, Bayo y Manto Polvoroso entre ellos.

—¿Realmente se supone que debemos perdonar y olvidar? —protestó Bayo—. ¡Si no hubieran revelado todos nuestros secretos, el Bosque Oscuro nunca habría atacado!

Ala de Tórtola no podía creer que ninguno de sus compañeros de Clan pensara que eso era cierto, pero Rosella asentía.

—Estos gatos tienen que demostrar que podemos confiar en ellos —gruñó. Miró a su alrededor con temor, como si pensara que Betulón podría estar invitando a los gatos del Bosque Oscuro al campamento en ese mismo momento.

Manto Polvoroso se inclinó hacia delante y dijo algo que Ala de Tórtola no pudo oír. Ella curvó el labio con rabia. «*¡Mis oídos!*». Sintió un dolor físico dentro de su cabeza. «*¿Qué me pasa?*». Tenía que hablar con Leonado y Glayo, averiguar si ellos también estaban perdiendo sus poderes. Vio a Leonado caminando hacia ella y abrió la boca para preguntar si podía hablar con él a solas. Entonces Carbonera saltó por el claro.

—¡Leonado! ¡Te dije que descansaras hoy! No puedes salir a patrullar hasta que tu garra se cure.

Ala de Tórtola se dio cuenta de que Leonado cojeaba, favoreciendo la pata que se había herido al cavar.

—Está bien —gruñó—. Deja de molestarme con eso.

Carbonera entrecerró los ojos.

—No te desquites conmigo —advirtió, agitando la cola—. Deberías ver a Glayo si está infectada.

—No tengo tiempo ahora —Leonado gruñó—. Tenemos que cazar mientras el tiempo aguante. —Miró al cielo, que estaba abultado con nubes grises oscuras, tan bajas que casi tocaban las copas de los árboles.

—Iré contigo —se ofreció Ala de Tórtola. Tal vez esto les daría la oportunidad de hablar.

—Bueno, no irás sin mí —maulló Carbonera—. Vamos, digamos a Esquiruela lo que estaremos haciendo.

Saltó por el claro hasta donde estaba la lugarteniente.

Leonado miró a Ala de Tórtola.

—¿Estás bien?

—No, yo…

Ala de Tórtola se interrumpió cuando Charca de Hiedra salió de la guarida de los guerreros.

—¡Hey! ¿Van a patrullar? ¿Puedo ir? —se acercó trotando, con su pelaje esponjado—. ¡Cualquier cosa para entrar en calor! Este viento es amargo.

—Claro —maulló Leonado.

Carbonera regresó y se dirigieron fuera del campamento, con Leonado a la cabeza. Ala de Tórtola lo vio tropezar con una zarza suelta y hacer una mueca de dolor. Nunca lo había visto con una herida duradera como ésta.

Llegaron a un macizo de helechos sobre la hondonada y se separaron para rastrear presas. Ala de Tórtola captó el débil olor de un ratón y se arrastró por el sendero, con la nariz pegada al suelo, dejando que los helechos le rozaran el lomo. Había rodeado un fresno y estaba buscando un olor fresco cuando hubo una ráfaga de patas detrás de ella y Charca de Hiedra pasó a toda velocidad, aterrizando sobre una ardilla. La gata plateada y blanca le dio un mordisco mortal y se sentó, limpiándose la sangre de los bigotes.

—¡Buena captura! —maulló Ala de Tórtola.

Charca de Hiedra puso la cabeza de lado.

—No puedo creer que no hayas oído a la ardilla bajar del árbol —ronroneó—. ¡Casi aterrizó en tu cabeza! ¿Tienes musgo en los oídos?

Ala de Tórtola se sintió acalorada por la vergüenza.

—Eh… Estaba siguiendo el rastro de un ratón.

Su hermana se levantó y comenzó a raspar el mantillo de hojas sobre su presa.

—¡Será mejor que vayas a atraparlo! —maulló, pero había una nota de tensión en su voz que Ala de Tórtola no pasó por alto.

«*¿Charca de Hiedra se dio cuenta de que estoy perdiendo mis poderes?*».

Se adentró en los helechos, sintiendo una sensación de alivio cuando las frondas se cerraron tras ella. Pronto volvió a percibir el olor del ratón y atrapó a la pequeña criatura mientras mordisqueaba una vaina de semillas.

—Gracias, Clan Estelar, por darnos comida —murmuró sobre el pequeño cuerpo marrón.

Buscó otro rastro de presa, pero no encontró nada cuando Leonado los llamó para que volvieran al camino. Una paloma yacía en sus patas y Carbonera estaba a su lado con un par de crías de campañol en la boca. Ala de Tórtola se sintió avergonzada por su insignificante contribución, especialmente cuando Charca de Hiedra salió resoplando de entre los helechos, arrastrando a la ardilla.

Leonado asintió con aprobación.

—Si el tiempo se está volviendo más frío, necesitamos toda la carne fresca que podamos conseguir —maulló—. Buen trabajo, todos.

Volvieron al campamento. Leonado se quedó atrás aunque los músculos de sus hombros estaban tensos por el esfuerzo de no cojear. Ala de Tórtola redujo la velocidad para mantenerse a su altura. Cuando Carbonera y Charca de Hiedra desaparecieron al doblar una esquina, dejó su ratón y se volvió para mirar al atigrado dorado.

—Leonado, necesito hablar contigo.

De mala gana, dejó su paloma y esperó.

Ala de Tórtola respiró profundamente.

—¿Crees que estamos perdiendo nuestros poderes? —ignorando el destello de ira en sus ojos, ella continuó—. No puedo oír ni ver como antes. Te lastimaste con la raíz de un árbol, ¡por el Clan Estelar! Y Glayo parece muy asustado por algo. ¿Podría estar perdiendo el poder de caminar en los sueños de otros gatos?

Leonado puso una enorme pata sobre el pecho de plumas pálidas de la paloma muerta.

—La Gran Batalla nos quitó mucho a todos —maulló—. Ninguno de nosotros sabe cuánto tiempo tardaremos en recuperarnos.

—¡Pero esto no es una herida de batalla! —protestó Ala de Tórtola—. ¡Esto es algo más, algo que cambió dentro de mí! No puedo describirlo exactamente, pero sé que soy diferente ahora.

Leonado mantuvo su mirada fija en el pájaro a sus patas.

—Habla con Glayo si estás preocupada. Él sabe más de esto que nosotros. Somos parte de una profecía, ¿recuerdas? No veo cómo podría cambiar eso.

Ala de Tórtola quiso desafiarlo, pero él recogió la paloma, dejando claro que su conversación había terminado. Tambaleándose torpemente sobre su pata infectada, trotó por el sendero y desapareció entre los helechos. Ala de Tórtola recogió su ratón y lo siguió, dejando que su cola se arrastrara miserablemente por la tierra.

—¡Glayo! —Ala de Tórtola se estremeció cuando una fría ráfaga de viento azotó su pelaje al pie del acantilado. Se acercó a las zarzas como si le ofrecieran algún refugio—. ¡Glayo, tengo que hablar contigo!

—¿De verdad? ¿Ahora mismo? —fue la respuesta impaciente.

Ala de Tórtola se preparó.

—Sí, ahora.

—Será mejor que entres entonces. ¡Pero no toques nada!

Se abrió paso entre las zarzas y se detuvo, esperando a que sus ojos se adaptaran a la escasa luz del interior de la cueva. El suelo arenoso estaba cubierto de montones de hierbas, algunas frescas y de olor verde, otras marchitas y secas en pequeños rizos negros. Glayo estaba agachado junto a Salto de Raposo, que yacía de lado en un lecho forrado de musgo, con los ojos cerrados. El curandero estaba quitando un apósito de hojas del vientre del guerrero. Ala de Tórtola dio un paso atrás. El hedor que provenía de la herida era abrumador.

—¡Gran Clan Estelar! —susurró.

—Exactamente —Glayo comentó secamente. Sin mover la cabeza, extendió una pata y recogió expertamente un montón de hojas recién masticadas—. ¿Qué quieres? —murmuró mientras empezaba a presionar las hojas contra la herida abierta llena de pus.

Ala de Tórtola trató de no tener arcadas.

—¿Salto de Raposo puede sentir eso? —preguntó.

—Gracias al Clan Estelar, no —respondió Glayo—. Lo tengo dosificado con semillas de adormidera para que duerma, y rara vez se revuelve. Quiero que se quede así hasta que la herida empiece a sanar. ¿Pasa algo, Ala de Tórtola? Como puedes ver, estoy bastante ocupado. Hojarasca Acuática está recogiendo hierbas, ya que Centella está cuidando de los cachorros de Acedera en la maternidad, y Luz de Garbeña fue al bosque con Dalia para estirar las piernas.

Ala de Tórtola se acercó.

—Creo que me pasa algo desde la Gran Batalla —comenzó—. Mis sentidos cambiaron. Es decir, desaparecieron. Puedo ver y oír como otros gatos, pero eso es todo. Y Leonado se lastimó la pata, cosa que no solía ocurrir. Así que quería saber si habías notado algo diferente en tus poderes.

Glayo se quedó helado, con las patas inmóviles sobre la herida de Salto de Raposo. Entonces sus orejas se movieron.

—Ala de Tórtola, esto puede esperar. Déjame cumplir con mi deber con Salto de Raposo, y con los otros gatos que necesitan que los trate. No te duele nada, ¿o sí?

Ala de Tórtola negó con la cabeza, hasta que recordó que Glayo no podía verla.

—No —maulló.

—Entonces no veo cómo puedo ayudarte. Tengo que concentrarme en mis responsabilidades con este Clan. —Su voz se alzó y una de sus patas

delanteras se enroscó con rabia—. ¡Salto de Raposo no puede morir! ¡Ya hemos perdido demasiados gatos! ¡¿Por qué el Clan Estelar sigue castigándonos así?!

Ala de Tórtola se quedó mirando al curandero con asombro.

—¡No puedes decir eso! ¡Derrotamos a los gatos del Bosque Oscuro! ¡Ganamos la batalla!

—¿En serio? —gruñó Glayo—. A mí no me parece que sea así. Todo lo que he hecho es ver morir a mis compañeros de Clan porque no había nada que pudiera hacer para ayudarlos.

—No puedes devolver la vida a los gatos —susurró Ala de Tórtola.

—Entonces, ¿de qué sirve tener algún poder? —Glayo siseó. Se inclinó más cerca del vientre de Salto de Raposo, pasando su pata por el vendaje—. Vete, Ala de Tórtola. Habla conmigo cuando no esté tratando de salvar la vida de un guerrero. Ahora mismo, no hay nada más importante que eso.

Ala de Tórtola salió tambaleándose de la cueva y se quedó en el borde del claro, dejando que el viento refrescara su pelaje abrasado. Algo estaba terriblemente mal con Glayo, eso estaba claro. ¿Era solamente porque el Clan había perdido tantos gatos? ¿O sabía algo sobre sus poderes?

—¿Ala de Tórtola? —llamó una voz desde el matorral de los veteranos. Era Puma, mirando a través de ojos reumáticos.

Ahora que la maternidad había sido reparada, Dalia y Centella habían sacado a los cachorros de la guarida de los veteranos.

—Creo que tengo una garrapata en la espalda, y no puedo alcanzarla —refunfuñó el viejo gato.

—Bueno, echaré un vistazo —maulló Ala de Tórtola. Con tan pocos aprendices en el campamento, los guerreros se repartían las tareas entre ellos. Ala de Tórtola sabía que le tocaba a Bayo ocuparse de Puma, pero él estaba de patrulla, y ya que ella estaba aquí, no iba a negarse a ayudar. Siguió al gato a la guarida y esperó a que se acomodara en su lecho.

—Oh, ese frío se me ha metido en los huesos —se quejó mientras doblaba las piernas por debajo de él.

—¿Quieres que busque algunas plumas para tu nido? —ofreció Ala de Tórtola.

Puma parpadeó.

—Solo si tienes tiempo. Sé que están muy ocupados, con tantos gatos todavía recuperándose.

Ala de Tórtola le pasó la pata por el manto, buscando la garrapata.

—La mayoría de nosotros estamos bien ahora. Solo Salto de Raposo sigue en peligro. —Puma gruñó ella frotaba contra la garrapata—. ¡La encontré! —declaró—. Le pondré un poco de bilis de ratón y desaparecerá en un instante. —Empezó a irse, pero Puma le hizo una seña con la barbilla.

—Eso puede esperar un rato —dijo—. Habla conmigo primero. Esto está tan vacío sin Musaraña. —Miró el lecho abandonado, frío y polvoriento, pero aún con la forma del cuerpo de Musaraña—. La echo mucho de menos, ¿sabes? —murmuró—. Era una vieja tejona gruñona a veces, pero tenía el mejor corazón. Al menos murió protegiendo a su Clan. Es lo que ella hubiera querido.

—Lo es —coincidió Ala de Tórtola.

—Entonces, ¿por qué todos siguen pareciendo tan miserables? —Puma resopló, apoyándose en sus patas delanteras—. Salgo afuera y es como si todavía estuviéramos enterrando a nuestros compañeros de Clan. ¿Se olvidaron de que expulsamos a esos bichos? No hay gatos del Bosque Oscuro por aquí, ¿verdad?

Ala de Tórtola no estaba segura de qué decir.

—Creo… creo que todos somos conscientes de lo que perdimos —tartamudeó.

—¿Y qué hay de lo que ganamos? —preguntó el viejo gato—. ¿Musaraña, o alguno de ellos, murió por nada? Es un insulto a su memoria, eso es lo que es, actuar como si lo hubiéramos perdido todo. —Se desplomó de nuevo en su lecho con una tos—. Lo siento, joven. Me estaba olvidando de mí mismo.

—No, está bien, Puma —Ala de Tórtola maulló. Extendió su pata y alisó el desordenado pelo marrón del gato—. Tienes razón. Ganamos, y debemos honrar a nuestros compañeros de Clan caídos sabiendo que no murieron en vano. Ahora, déjame ir a buscar esa bilis de ratón para ti.

Se levantó y salió a toda prisa de la guarida. Unas gotas de lluvia puntiagudas salpicaron su pelaje, y agachó la cabeza mientras corría hacia la guarida de Glayo. Esperaba que no le importara que se sirviera un poco de bilis. Cuando se acercaba a la entrada de la cueva, un terrible gemido la detuvo.

—¡Salto de Raposo, no! ¡No ahora! ¡He hecho todo lo que he podido! ¡Oh Clan Estelar, ¿por qué no me dejas ayudar a estos gatos?!

A Ala de Tórtola casi le dan arcadas por el crudo dolor en la voz de Glayo. Salto de Raposo debía de haber muerto, y Glayo se había quedado en la agonía. ¿Y Manto Polvoroso? Primero su pareja, ahora su hijo,

perdidos ante el Bosque Oscuro. ¿Cómo se recuperaría? Ala de Tórtola se balanceó sobre sus patas cuando Hojarasca Acuática pasó junto a ella, desprendiendo hojas de sus mandíbulas.

—¡Glayo! ¿Qué pasa? —la gata se abrió paso entre las zarzas y Ala de Tórtola escuchó un lamento—. ¡Oh, no! ¡Salto de Raposo!

—El Clan Estelar lo quería más que nosotros —gruñó Glayo.

Hojarasca Acuática comenzó a murmurar palabras de consuelo para él y Ala de Tórtola se apartó, tambaleándose de desesperación. Casi chocó con Látigo Gris, que se dirigía a la pila de carne fresca, con su pelaje movido a contrapelo por el viento.

Cuando el gran guerrero la miró sorprendido, Ala de Tórtola le espetó:

—El Bosque Oscuro no ha terminado con nosotros. ¡Salto de Raposo está muerto!



CAPÍTULO 6

—*¡Hargh! ¡Hargh-argh!* Lo siento —balbuceó Tormenta de Arena antes de que un nuevo ataque de tos le destrozara el cuerpo—. *¡Hargh-argh-argh!*

Látigo de Abejorro se revolvió junto a Ala de Tórtola.

—Me siento mal por ella, pero ninguno de nosotros está pudiendo dormir —murmuró, con su aliento cálido en su cuello—. Tal vez debería ver a Glayo.

—Estoy segura de que ya lo ha pensado —murmuró Ala de Tórtola. Tenía los ojos arenosos por la falta de sueño y deseaba que Tormenta de Arena se callara también, pero no sentía más que simpatía por la pobre gata, que los había mantenido despiertos durante tres noches seguidas.

Una forma oscura rozó el hocico de Ala de Tórtola.

—Toma un poco de musgo empapado, Tormenta de Arena —instó Rosella. Hubo un suave sonido de aplastamiento cuando lo colocó al lado del lecho de la gata—. Eso podría ayudar.

—Gracias —graznó Tormenta de Arena—. Lo siento mucho, todos.

Ala de Tórtola la escuchó chupar el musgo, luego un silencio misericordioso descendió sobre la guarida y se quedó dormida. Parecía que Ala de Tórtola solo había cerrado los ojos por un momento antes de que Esquiruela estuviera de pie junto a ella, empujándola con una pata.

—¡Vamos, erizo dormilón! Quiero que dirijas la patrulla fronteriza del amanecer.

Ala de Tórtola se levantó tambaleándose y siguió al lugarteniente a la mañana helada. Había pasado casi una luna entera desde la Gran Batalla y

la estación sin hojas había caído sobre el bosque como un manto de hielo. Ala de Tórtola temblaba mientras su aliento formaba nubes en el aire.

Paso Tordino se unió a ella, entrecerrando los ojos en la luz temprana.

—No recuerdo la última vez que dormí una noche completa —murmuró—. Voy a llevar yo mismo a Tormenta de Arena a Glayo si no lo ve hoy.

Ala de Tórtola no tenía energía para discutir. Después de escuchar las instrucciones de Esquiruela, guió a Paso Tordino, a Pinta y a Pétalo de Rosa fuera de la entrada recién reconstruida y bajó hasta la frontera del lago con el Clan del Viento. El páramo estaba vacío y tranquilo, cubierto de niebla, y la patrulla regresó al campamento sin divisar ningún rastro de guerreros rivales. El claro estaba lleno de gatos compartiendo presas, estirando sus fríos miembros y hablando en voz baja. Tormenta de Arena estaba en un rincón, con la espalda encorvada por otro ataque de tos.

—¡Estrella Zarzosa! —Bayo llamó al líder del Clan—. ¿Puedes pedirle a Tormenta de Arena que duerma en la guarida de los veteranos esta noche? No puede mantenernos despiertos todas las noches, o nunca seremos capaces de mantener el ritmo de las patrullas.

Ala de Tórtola notó que las orejas de Puma se levantaban.

Estrella Zarzosa miró interrogativamente a Tormenta de Arena.

—¿Qué te parece? ¿Te daría eso una mejor oportunidad de recuperarte, si no te preocupa despertar a los otros guerreros? Sé que estamos planeando construir una segunda guarida de guerreros para que tengan más espacio, pero eso no estará terminado hasta dentro de un cuarto de luna.

Hubo un destello de desafío en los ojos verdes de Tormenta de Arena.

—¡Es solo un toque de tos blanca! —graznó—. ¿Estás diciendo que solo soy apta para ser veterana ahora? ¡Todavía tengo lunas para servir a mis compañeros de Clan!

Había una dura nota de miedo bajo sus palabras que hizo que Ala de Tórtola sintiera empatía. «*Sé cómo se siente. ¡Lo que sea que esté mal con mis sentidos, me está haciendo sentir inútil a mí también!*». No había hecho una captura decente para la pila de carne fresca en días, y sus oídos le dolían por el esfuerzo sobre las fronteras cuando estaba de patrulla fronteriza. Una vocecita en su mente le susurró: «¿Y si tus poderes nunca vuelven?», pero Ala de Tórtola la apartó. «*¿Cómo puedo servir a mi Clan si soy sorda y ciega?*».

Estrella Zarzosa se acercó a la gata amarilla y apretó el hocico contra su hombro.

—Ningún gato te pide que te retires —le aseguró—. Solo quiero que estés lo más en forma posible para la estación sin hojas. Y si no dejas dormir a los otros gatos, también debes pensar en ellos.

Tormenta de Arena levantó la cabeza.

—Pediré a los curanderos un poco de miel. —Olfateó—. Estaré bien. ¿Y por qué no duermo en la guarida de los aprendices, ya que está vacía? Así no molestaré a nadie.

Los hombros de Puma se desplomaron y Ala de Tórtola se preguntó si debería ofrecerse a dormir en el viejo lecho de Musaraña junto a él. Debía de tener frío por su cuenta, ahora que la escarcha se había apoderado de él.

Antes de que pudiera decir algo, Bayo se adelantó.

—La guarida de los guerreros está un poco abarrotada —maulló a Estrella Zarzosa—. Rosella y yo estaríamos felices de dormir con Puma, si nos acepta.

Los ojos del viejo gato atigrado se iluminaron.

—Encantado de darles lugar —maulló—. Será mejor que vaya a preparar algunos lechos. —Salió corriendo, con la cola en alto.

—Eso fue amable por parte de Bayo y Rosella —Ala de Tórtola murmuró a Charca de Hiedra, que estaba a su lado.

Su hermana entrecerró los ojos.

—¿Tú crees? ¿O simplemente están desesperados por alejarse de esos feroces gatos del Bosque Oscuro que duermen demasiado cerca de ellos?

Ala de Tórtola la miró sorprendida.

—¡Pero si pasó casi una luna entera desde que hiciste tu nuevo juramento! Seguro ya fuiste perdonada.

—No por algunos gatos —gruñó Charca de Hiedra—. ¿No has visto cómo Manto Polvoroso prefiere esperar hasta que el montón de carne fresca haya sido despojado de todas las mejores presas, antes que ir al mismo tiempo que uno de nosotros? —Se alejó caminando, con su cola dejando una pequeña línea en la hierba congelada.

—Nosotros también dormiremos en la guarida de los veteranos —dijo Zarpa de Cereza, asintiendo a su hermano, Zarpa de Topo.

«*Eso tiene sentido, ya que Rosella y Bayo son sus padres*», pensó Ala de Tórtola. Pero entonces vio a Zarpa de Topo mirando a Betulón, y se le revolvió la barriga. Esos gatos no habían hecho más que servir lealmente a su Clan desde la Gran Batalla. ¿Cómo podría haber algo más que olvidar?

—Está bien —maulló Esquiruela a los jóvenes gatos—. Me uniré a Tormenta de Arena en la guarida de los aprendices, y así habrá más espacio para los otros guerreros mientras se construye la nueva guarida.

Cuando Tormenta de Arena empezó a protestar, Esquiruela parpadeó cariñosamente a su madre.

—Estaré allí te guste o no —ronroneó—. Hace demasiado frío para que duermas sola.

Hubo un revuelo de actividad cuando los gatos se dispersaron para preparar nuevos lechos. Ala de Tórtola se quedó donde estaba, como si sus patas se hubieran congelado en la hierba. Sus oídos volvían a zumbar y las sombras se amontonaban en los bordes de su mente, haciendo que su corazón latiera más rápido. La división de los guerreros en guaridas separadas se sentía como un terrible presagio; el Clan se estaba separando, a pesar de todo lo que habían sobrevivido juntos. ¿Se había olvidado ya la Gran Batalla? ¿O es que sus compañeros de Clan solo estaban decididos a recordar la lealtad de quién había sido cuestionada, sin recordar el valor que cada gato mostró para expulsar a los atacantes del Bosque Oscuro?

—¿Ala de Tórtola? ¿Estás bien? —Candeal la miraba con una mirada preocupada.

Ala de Tórtola se sacudió, haciendo volar gotas de vaho de su pelaje

—Estoy bien.

—¿Por qué no me ayudas a buscar algo de musgo? —le sugirió su madre—. ¡Parece que han pasado estaciones desde que pasé tiempo contigo!

Se escurrieron a través de la nueva barrera de espinas, que parecían más densas y espinosas que antes, y trotaron por la ladera hacia el lago. Su ruta hacia el mejor musgo las llevó a pasar por el lugar donde los gatos muertos habían sido enterrados y Ala de Tórtola redujo la velocidad para mirar los pacíficos montículos de tierra, cada uno plateado con una fina capa de hielo.

—¿Puedes ver lo que nos está pasando? —susurró—. ¿Sienten como si hubieran muerto por nada?

—Oh, pequeña, no piensas realmente eso, ¿verdad? —maulló Candeal.

Ala de Tórtola dio un respingo; no había oído a su madre subir. «*¡Por supuesto que no la oí! ¡No puedo oír* nada*!*». Respiró profundamente.

—Parece que todo ha empeorado desde la Gran Batalla —confesó—. Los guerreros que estuvieron involucrados con el Bosque Oscuro están siendo tratados peor que proscritos, y nadie parece recordar que los gatos que yacen aquí dieron sus vidas para que pudiéramos ganar la batalla.

No se atrevía a hablar de sus sentidos; eso era algo con lo que tenía que lidiar sola.

Candeal apoyó su cola en el lomo de Ala de Tórtola.

—Todas las batallas dejan heridas profundas, las veas o no. Y las heridas tardan en curarse. Tú lo sabes, Ala de Tórtola. No pierdas la esperanza. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia el lago, que brillaba gris y tranquilo a través de los troncos.

Ala de Tórtola la vio alejarse. Pensó en Salto de Raposo, muriendo de una infección en la guarida de los curanderos. «*Pero algunas heridas nunca se curan, hagas lo que hagas*».

Era la noche de la Asamblea. Una enorme luna blanca colgaba sobre la hondonada, pintando a los gatos de plata y arrojando sombras afiladas sobre el suelo. Esta sería la primera Asamblea desde la Gran Batalla, la primera oportunidad de ver cómo les iba a los Clanes con los que habían luchado, y sin embargo el estado de ánimo entre los gatos del Clan del Trueno era sombrío, incluso reacio. Bayo murmuraba con Paso Tordino, lo suficientemente cerca como para que Ala de Tórtola lo escuchara.

—No puedo creer que Estrella Zarzosa quiera llevarse a Flores Caídas y a Espinardo con nosotros. ¿Quiere llamar la atención sobre los traidores de nuestro propio Clan?

Paso Tordino agitó su gruesa cola blanca y negra.

—Los otros Clanes lograron matar a la mayoría de sus traidores —siseó—. ¡Tal vez deberíamos haber hecho lo mismo!

Ala de Tórtola saltó hacia delante.

—¡Y tal vez ustedes deberían darse cuenta de que sus compañeros de Clan no hicieron nada malo a la hora de luchar contra nuestros enemigos! —espetó.

—¡Ala de Tórtola! ¡Detente! ¿Qué está pasando? —Esquiruela se acercó trotando, con el pelaje erizado por la alarma.

Ala de Tórtola agitó las orejas, reacia a que Paso Tordino y Bayo pensaran que estaba a punto de ir corriendo hacia la lugarteniente con su queja.

—Solo una diferencia de opinión —maulló Bayo. Miró a Ala de Tórtola—. Algunos gatos parecen creer que no tenemos permitido pensar por nosotros mismos.

Esquiruela entrecerró los ojos.

—¿Ven esa luna llena ahí arriba? Esta es la noche de la tregua, y eso cuenta tanto para compañeros de Clan como para los otros Clanes. Vamos,

o llegaremos tarde. —Trotó hacia la entrada donde Estrella Zarzosa esperaba con el resto de la patrulla de la Asamblea.

Ala de Tórtola miró a Bayo y Paso Tordino, y luego siguió a la lugarteniente. Flores Caídas la estaba esperando, con cara de preocupación.

—Vi lo que pasó —maulló la guerrera carey y blanca—. No intentes librar esta batalla por nosotros. Nos llevará tiempo demostrar nuestra lealtad, eso es todo.

—¡No debería ser una batalla! —Ala de Tórtola gruñó—. ¡Hicieron el juramento, y no hicieron nada para dañarnos durante la Gran Batalla!

—El código guerrero significa todo —le recordó Flores Caídas—. Y así es como debe ser.

Se unieron a los otros gatos apretándose a través de la nueva barrera de espinas, haciendo una mueca de dolor cuando los mechones de pelo se les se quedaban atrás en las espinas.

—¡Si esta barrera no se ablanda pronto, nos vamos a quedar todos calvos! —murmuró Látigo Gris.

Mientras los gatos bajaban entre los árboles hacia la orilla, Ala de Tórtola trotó para alcanzar a Látigo de Abejorro. Habían disfrutado juntos de una inesperada ráfaga de sol ese mismo día, y ella se sentía cálida y afectuosa con él.

—¡Espérame! —resopló.

El gran gato gris y negro se detuvo y la miró.

—¡Vamos, patitas! —se burló.

Llegaron a la orilla con los demás y giraron a lo largo de la playa pedregosa. Los guijarros brillaban a la luz de la luna y las pequeñas olas se movían junto a ellos. Ala de Tórtola puso el oído como solía hacerlo en esas noches, escuchando los preparativos para la partida en cada uno de los otros Clanes. ¿También se sentían aprensivos por esta Asamblea? Pero sus oídos estaban llenos del sonido de las patas que crujían sobre las piedras y del agua que se movía en la orilla. Ala de Tórtola frunció el ceño y se concentró más. «*¡Debo ser capaz de oír algo! ¡Mis sentidos han tenido tiempo de recuperarse de la batalla! Tengo que hacer que Leonado y Glayo me hablen de sus poderes. ¿Y si todos los estamos perdiendo?*». De repente, su pata quedó atrapada debajo de una rama y se tambaleó hacia adelante. Habría caído de cara si Látigo de Abejorro no la hubiera empujado con su hombro para ponerla de pie.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Bien —soltó Ala de Tórtola con brusquedad—. No vi esa rama en las sombras, eso es todo. —Notó que las orejas del gato se achataban por el dolor y sintió una puñalada de culpabilidad. Aunque no pudiera decirle lo que estaba pasando, no se merecía que lo trataran mal—. ¡Gracias por atraparme! —ronroneó—. ¡Habría parecido más tonta que una oveja si hubiera caído sobre mi hocico!

—Siempre estaré aquí para atraparte —Látigo de Abejorro murmuró. Le acarició la nuca antes de alejarse y siguieron caminando en silencio, lo suficientemente cerca como para que sus pelajes se rozaran.



CAPÍTULO 7

Lo primero que notó Ala de Tórtola cuando llegó al claro de la isla fue que casi todos los antiguos gatos del Bosque Oscuro estaban allí. Se preguntó si era porque cada líder quería demostrar que su Clan estaba unido y era leal una vez más. También pensó que los otros Clanes parecían menos hostiles hacia sus compañeros de Clan traidores, pero entonces, el Clan del Trueno tenía muchos más que habían sobrevivido a la batalla. Quizá era más fácil perdonar a un gato que a varios. Después de ver a Ventolero y a Lomo Rajado, Ala de Tórtola se encontró buscando un pelaje atigrado oscuro que le era familiar entre los gatos del Clan de la Sombra. Mientras observaba, los guerreros se desplazaron para hacer sitio a Estrella Negra, que se dirigía al árbol de los líderes, mostrando a Corazón de Tigre inmerso en una conversación con Topera. La bonita gata gris lo miraba como si le estuviera contando el mayor secreto. Ala de Tórtola reprimió la punzada de celos que le retorcía el vientre. Era bueno que Corazón de Tigre hubiera sido perdonado por sus compañeros de Clan. Cualquier conexión que hubieran compartido alguna vez había terminado para siempre. Ahora tenía a Látigo de Abejorro.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, el gato gris y negro se unió a ella.

—¿Te importa si nos sentamos con Flores Caídas? —maulló—. No quiero que se quede sola.

—Por supuesto —respondió Ala de Tórtola, sintiendo una ráfaga de cariño hacia él. Acudieron a llenar el hueco que quedaba junto a Flores Caídas y Espinardo. Ala de Tórtola terminó al lado de Paso Tordino, y trató de no sisearle cuando éste le torció el labio.

Estrella Vaharina fue la primera en hablar, con su pelaje gris cubierto de plata a la luz de la luna.

—El Clan del Río está bien y fuerte después de una luna de trabajo duro. Todos mis guerreros están unidos para hacer que el Clan esté seguro y bien alimentado para la estación sin hojas, y para todas las estaciones por venir. Me complace informar que Pelaje de Pétalos está esperando cachorros con Nariz Malva. —Hizo una pausa para mirar con cariño a la reina gris y blanca, que se acicaló—. Un gran lucio se cebaba con los peces más pequeños en nuestro lado del lago, pero Corazón de Lago tuvo la brillante idea de colocar piedras en las aguas poco profundas para crear una zona en la que el lucio no pudiera entrar. Gracias a esto, hemos protegido a muchos de los peces más pequeños para abastecer nuestra pila de carne fresca. —Inclinó la cabeza—. Que el Clan Estelar ilumine su camino, todos ustedes.

Cuando se sentó de nuevo en la rama, Estrella Negra se levantó inestablemente sobre sus patas. Su pelaje blanco era tan pálido que parecía que ya formaba parte del Clan Estelar.

—El Clan de la Sombra es tan fuerte como siempre —resopló, en voz tan baja que los gatos expectantes se inclinaron hacia delante para oír—. Hemos reconstruido nuestras guaridas y asegurado nuestras fronteras. Nuestra pila de carne fresca está llena y no tememos a la estación sin hojas que se avecina. —Sus ojos abiertos sugirieron lo contrario, y Ala de Tórtola se estremeció mientras luchaba por respirar—. Nos molestó brevemente un zorro en nuestra frontera más alta, pero mis valientes guerreros lo expulsaron. —Se sentó bruscamente, con los flancos agitados.

Estrella Zarzosa fue el siguiente en hablar, y luego Estrella de Bigotes. Sus discursos fueron igualmente breves y vagos, con pocas noticias más allá de la restauración de guaridas y fronteras, y de informes sobre montones de carne fresca bien abastecidos. Ninguno de los líderes mencionó la Gran Batalla o la reciente alianza entre los cuatro Clanes, como si la historia nunca hubiera ocurrido. Ala de Tórtola entrecerró los ojos. «*¿Todo será olvidado tan pronto? ¿Qué hay de los gatos que perdimos? ¿No deberíamos honrar su memoria de alguna manera, todos juntos?*».

Pero los líderes estaban saltando del árbol, o en el caso de Estrella Negra, bajando suavemente al suelo, y los gatos del claro ya se estaban levantando, ansiosos por irse. No habría demora esta noche, no se compartirían lenguas y chismes después de que los asuntos serios estuvieran hechos. Estrella de Bigotes condujo primero a sus guerreros,

seguido rápidamente por Estrella Vaharina. Estrella Zarzosa convocó al Clan del Trueno con un movimiento de su cola y Ala de Tórtola se encontró presionada entre sus compañeros de Clan mientras trotaban sobre el árbol-puente y saltaban a la orilla pantanosa.

—Eso fue raro —comentó Leonado cuando sus patas estaban crujiendo sobre los guijarros debajo del páramo—. ¡Cualquier gato pensaría que lo más emocionante que pasó en la última luna fue que el Clan del Río perdiera unos peces por un lucio!

A su lado, Carbonera parecía pensativa.

—Tal vez esa sea la mejor manera de recuperarse, volver a las cosas como eran antes tan rápido como podamos. Ganamos la Gran Batalla, así que nada tiene que cambiar.

Látigo de Abejorro agitó las orejas.

—¿En serio? ¿De verdad crees que la Gran Batalla no cambió nada? Yo a veces pienso que lo cambió todo.

Ala de Tórtola estuvo de acuerdo con él. Lo vio mirar con tristeza a su hermana, que caminaba un poco más adelante con Espinardo. ¿Estaría el Clan del Trueno dividido para siempre por culpa del Bosque Oscuro?

El sonido de la tos se coló entre los árboles mientras subían la pendiente hacia la hondonada. Glayo se adelantó trotando, tan seguro sobre el musgo como si pudiera ver.

—Pinta, ¿por qué sigues aquí? Deberías haberle pedido a alguien más que hiciera guardia. —La olfateó de cerca y puso la pata en su costado para comprobar los latidos de su corazón.

La gata gris parecía agotada y encorvada.

—Estoy bien —resopló—. Es solo una tos.

—Y este aire frío no la ayuda —resopló Glayo—. Vamos, vas a pasar la noche en la guarida de curandería. —Comenzó a guiarla a través de las espinas—. Estrella Zarzosa, tendrás que poner a alguien más de guardia —llamó por encima de su hombro.

Mili se adelantó.

—Yo lo haré —se ofreció—. No me siento cansada, y no tiene sentido despertar a otro guerrero para lo que queda de la noche.

—Gracias, Mili —Estrella Zarzosa inclinó la cabeza hacia ella. Miró detenidamente al resto de los gatos—. ¿Alguien más se siente mal? Es mejor empezar a tratarse ahora que esperar a estar realmente enfermo.

—Paso Tordino no comió mucho hoy —maulló Rosella, lanzando una mirada preocupada al gato blanco y negro.

—No tenía hambre, eso es todo —murmuró.

Estrella Zarzosa entrecerró los ojos.

—Si no tienes hambre mañana, ve a ver a Glayo, por favor. Ahora, vamos a nuestros lecho. Patrullas como siempre a primera hora.

Ala de Tórtola esperó su turno para escurrirse por la barrera. Oyó a Centella sisear a Nimbo Blanco:

—¿Por qué no le dijiste a Estrella Zarzosa que te duele la garganta?

—Iré a ver a Glayo si empeora, lo prometo —maulló Nimbo Blanco mientras se metía en el hueco.

Ala de Tórtola sintió un temblor de preocupación. Primero el Bosque Oscuro parecía haber dejado divisiones que nunca sanarían, ¡y ahora todo el Clan estaba enfermando! «*¡Oh, Clan Estelar, ayúdanos!*».

Parpadeando para alejar el sueño de sus ojos, Ala de Tórtola salió de la guarida de los guerreros al amanecer para ver a Glayo saltando con confianza camino abajo por las rocas que llevaban a la Cornisa Alta.

Su corazón dio un vuelco.

—¿Estrella Zarzosa está enfermo? —dijo.

Glayo se detuvo junto a ella y sacudió la cabeza.

—No, está bien. Solo le estaba haciendo saber que Pinta estará fuera de servicio por un tiempo. —Mientras hablaba, Estrella Zarzosa salió de su guarida y bajó trotando al claro, donde arqueó la espalda en un largo estiramiento.

El sonido de la tos provenía de la cueva al pie de los acantilados. Glayo tenía un aspecto sombrío.

—Creo que Pinta tiene tos verde. Tiene fiebre, y no me gusta cómo se le acelera el corazón.

Se escuchó un grito detrás de Ala de Tórtola. Se giró para ver a Mili trotando desde la entrada, habiendo terminado su puesto de guardia.

—¿Qué hay de Luz de Garbeña? No puede quedarse en tu guarida si hay un gato con tos verde allí. —Corrió hacia la cueva—. ¡Luz de Garbeña! ¡Sal de una vez!

Hubo una pausa, y luego la cara marrón oscura de Luz de Garbeña asomó entre las zarzas.

—¿Qué pasa? —preguntó somnolienta.

—¡No te quiero ahí dentro si Pinta tiene tos verde! —Mili ordenó—. Tendremos que buscarte otro lugar para dormir.

Luz de Garbeña se arrastró fuera de la guarida con sus fuertes patas delanteras. Como siempre, Ala de Tórtola sintió un espasmo de tristeza al ver las ancas de la gata arrastrándose inútilmente tras ella.

—No me importaría estar en un lugar más tranquilo —admitió Luz de Garbeña mientras se arrastraba hacia el claro—. ¡La pobre Pinta no ha dejado de toser desde que llegó! —se detuvo para retorcerse y morderse un punto que le picaba en la espalda—. Además, no necesito quedarme en la guarida de curanderos ahora, ¿no? No estoy enferma.

Hojarasca Acuática salió de la cueva con un montón de musgo sucio en sus fauces. Lo dejó en el suelo y miró a Glayo.

—Luz de Garbeña tiene razón, sabes —maulló—. Ya no necesitamos vigilarla por la noche.

Luz de Garbeña se giró para mirar a Estrella Zarzosa, que había terminado de estirarse y se estaba lamiendo el pelaje del pecho.

—¿Puedo dormir en la guarida de los guerreros, Estrella Zarzosa? ¿Por favor?

El líder frunció el ceño.

—No estoy seguro de que haya espacio —admitió—. Todavía hay muchos gatos allí.

Para entonces, otros gatos se habían despertado y salido al claro, donde se estiraban y arqueaban la espalda, listos para las primeras patrullas. Puma había salido de su guarida y escuchaba mientras se alisaba el pelaje erizado por el sueño.

—Ella es bienvenida a unirse a nosotros aquí —llamó, señalando con la cabeza hacia el matorral de veteranos donde había sonidos de Bayo y su familia revolviéndose.

Luz de Garbeña bajó la cabeza. Era obvio que quería unirse a los guerreros en su guarida.

—¿Por qué no me uno a ti, Puma, y así Luz de Garbeña puede tener mi lecho? —Ala de Tórtola se ofreció.

Látigo de Abejorro se acercó a ella con cara de asombro.

—¡Pero extrañaría dormir a tu lado!

—No será por mucho tiempo —le dijo Ala de Tórtola—. Esquiruela está planeando construir una segunda guarida de guerreros, ¿recuerdas?

—¡Gracias, Ala de Tórtola! —Luz de Garbeña ronroneó—. ¿Puedo ir a ver mi nuevo lecho ahora?

Cuando Ala de Tórtola asintió, Luz de Garbeña se arrastró hasta la guarida de los guerreros y desapareció en su interior, dejando un rastro raspado en la tierra.

Reapareció un momento después con aspecto serio.

—Es del tamaño adecuado para mí, pero necesita musgo nuevo —comentó—. Por favor, ¿puedo tener algunas plumas de paloma?

Leonado bajó la cabeza.

—Pues sí, líder. ¿Puedo traerle algo más? ¿Quizá la mejor carne fresca? ¿Musgo empapado? —Su tono era de buen humor y burlón.

Flores Caídas se erizó.

—Luz de Garbeña tiene que tener el lecho más suave —insistió—. No puede sentir las espinas clavadas en ella, ¿recuerdas? Si se hace una herida, podría infectarse antes de que se diera cuenta.

Leonado apoyó la punta de su cola en el hombro de Flores Caídas.

—Está bien, lo entiendo. Esquiruela, ¿está bien si llevo una patrulla a buscar musgo nuevo para Luz de Garbeña? Podemos ir a cazar inmediatamente después.

La lugarteniente asintió.

—Llévate a Ala de Tórtola, Charca de Hiedra y Pétalo de Rosa contigo. Asegúrate de que el musgo esté seco antes de forrar su lecho. Y siéntanse libres de cazar una paloma para que podamos usar sus plumas.

Ala de Tórtola ronroneó. ¡Este era un deber que ella disfrutaría!

Los ojos azules de Luz de Garbeña brillaron.

—¡Gracias! Prometo que seré útil. Puedo despertar a todos para las patrullas y revisar los lechos en busca de espinas mientras están fuera. No hay razón para que no pueda tener mis propios deberes ahora. ¡Soy una guerrera, después de todo!



CAPÍTULO 8

Los guerreros solo disfrutaron de dos noches de paz después de la Asamblea antes de que Paso Tordino empezara a toser. Esta vez Ala de Tórtola se esforzó por sentir compasión. «*¡Él sabía que estaba enfermando! ¡Debería haber ido a ver a Glayo!*». A Pinta la seguían cuidando en la guarida de los curanderos, pero como Paso Tordino no parecía tan enfermo, Glayo y Hojarasca Acuática le habían hecho un lecho en la guarida de los aprendices con Tormenta de Arena. Esquiruela anunció que volvería a la guarida de los guerreros, diciendo que tenía sentido dejar que los gatos que tosían se mantuvieran despiertos a sí mismos. Pero Ala de Tórtola vio más allá del comentario alegre de la lugarteniente la tensión en sus ojos, y se preguntó cuántos gatos más sucumbirían a la enfermedad.

Hojarasca Acuática se puso de pie sobre el montón de carne fresca, asegurándose de que cada gato estuviera comiendo correctamente. Cuando Ala de Tórtola seleccionó un ratón bastante escaso, Hojarasca Acuática extendió una pata y la detuvo.

—Yo me quedaré con eso —maulló—. Tú y Látigo de Abejorro pueden compartir esta ardilla.

Ala de Tórtola miró a la regordeta y esponjosa criatura.

—¡Es enorme! —señaló—. ¡Podríamos comerla durante toda una luna!

—Compártanla con Puma, entonces —Hojarasca Acuática instó.

Ala de Tórtola arrastró a la ardilla hasta el tocón del árbol, tratando de no estornudar cuando la cola ondulada le hacía cosquillas en la nariz.

Puma se relamió.

—¡Qué festín! —comentó.

—¡Látigo de Abejorro, únete a nosotros! —llamó Ala de Tórtola.

El gran gato gris se acercó trotando con Tormenta de Arena pisándole los talones.

—¿Hay suficiente para mí? —ella preguntó roncamente. Parecía cansada, y Ala de Tórtola podía contar sus costillas a lo largo de sus huesudos costados.

—¡Por supuesto! —Puma gruñó con la boca llena.

Se movió para dejar que Tormenta de Arena diera un mordisco a la jugosa grupa de la ardilla. Tragando, el viejo gato observó cómo Paso Tordino entraba arrastrando las patas en la guarida de los aprendices, seguido por Glayo con un montón de ropa de musgo fresgo.

—Ponerlos a ti y a Paso Tordino juntos me recuerda a lo que me contaron de cuando Estrella de Fuego se llevó a todos los gatos enfermos a la vieja guarida de los Dos Patas —comentó—. Fue algo valiente lo que hizo, evitando que el resto de ustedes se enfermara.

Los ojos de Tormenta de Arena se nublaron.

—A él también le costó una vida —recordó.

—¿Crees que lo haremos de nuevo, si más gatos comienzan a toser? —preguntó Ala de Tórtola mientras raspaba un trozo de carne fibrosa entre sus dientes.

Tormenta de Arena negó con la cabeza.

—Lo dudo. No quiero infectar a nadie más, pero no ayudaría estar en esa vieja guarida con corrientes de aire. Es mejor que todos estemos cerca de los curanderos. —Se miró las patas como si hubiera perdido el apetito, y Ala de Tórtola se sintió mal por hacerla recordar aquella terrible época de enfermedad.

Miró el claro a su alrededor. Aunque había salido el sol, el cielo estaba lleno de nubes y la brisa olía a lluvia. Los gatos se acurrucaban junto a su comida, con el pelaje alborotado, de modo que parecían piñas más que guerreros elegantes y bien peinados. Un destello de movimiento llamó la atención de Ala de Tórtola. Flores Caídas se deslizaba a través de la barrera, no utilizando el hueco habitual sino forzando un nuevo camino en un lado de la entrada. El pelaje se erizó a lo largo del manto de Ala de Tórtola. ¿Flores Caídas intentaba no ser vista? Luchó brevemente con un sentimiento de sospecha y puso en marcha sus sentidos, tratando de imaginar a la gata al otro lado de la barrera. Sintió la familiar sacudida de consternación cuando no aparecieron imágenes en su mente, y nada le llegó por encima de los sonidos de sus compañeros de Clan comiendo. Se

sacudió la sensación. «*¿A dónde va Flores Caídas?*». Solo había una forma de averiguarlo.

Asintiendo a los otros gatos alrededor de la ardilla, se levantó.

—Iré al arenero —susurró a Látigo de Abejorro para disuadirlo de seguirla.

Utilizó la brecha normal a través de la barrera, notando con alivio que se estaba volviendo menos espinosa. Afuera de la hondonada, los árboles chocaban con el viento que se levantaba, y aunque la mayoría de las hojas habían caído en montones en el suelo, poca luz del día se filtraba al suelo del bosque. Ala de Tórtola trotó entre las sombras, siguiendo el rastro de olor de Flores Caídas en el mantillo de hojas. Su corazón latía con fuerza y mantenía los oídos aguzados, escuchando sonidos de peligro. El zumbido había cesado, pero sus sentidos aún se sentían embotados y pesados, y el bosque medio iluminado parecía mucho más intimidante y reservado que antes. De repente se oyó un rápido crujido detrás de ella y Flores Caídas se abalanzó sobre las ancas de Ala de Tórtola, derribándola.

Ala de Tórtola se puso de pie y se giró.

—¿Por qué hiciste eso? —gritó.

—Me estabas siguiendo, ¿verdad? —desafió Flores Caídas—. ¿Por qué harías eso? ¿No confías en mí? —su pelaje estaba esponjado y su voz era áspera por la ira.

Ala de Tórtola se miró las patas, sonrojada por la vergüenza.

—Solo… Solo lo me preguntaba a dónde ibas.

Flores Caídas agitó su cola.

—Puedes venir conmigo, ya que claramente piensas que no estoy haciendo nada bueno. —Se dio la vuelta y corrió entre los árboles.

Ala de Tórtola corrió para alcanzarla, sintiendo cómo las ramas le golpeaban la cara mientras se lanzaban a través de la maleza. Salieron a la luz del día en el viejo Sendero Atronador. Flores Caídas no disminuyó la velocidad mientras se desviaba y se dirigía a lo largo de la piedra pálida hacia la derruida guarida de Dos Patas. Para sorpresa de Ala de Tórtola, se detuvo junto a la guarida cubierta de hiedra y desapareció a su lado. Ala de Tórtola se detuvo. «*¿Se está encontrando con un gato del Bosque Oscuro?*». Desechó el pensamiento. Flores Caídas no había hecho nada para que ningún gato cuestionara su lealtad desde la Gran Batalla. Ala de Tórtola trotó tras su compañera de Clan y la encontró inclinada sobre el suelo marrón oscuro detrás de la guarida abandonada. Estaba hurgando en algunas plantas arrugadas con una pata.

—Estoy buscando nébeda —siseó la gata con los dientes apretados—. ¿Contenta? Sé que Glayo y Hojarasca Acuática cultivaron un poco aquí, y quería ver si quedaba alguna. Nuestros compañeros de Clan están enfermando, ¡y tenemos que encontrar una manera de que se mejoren antes de que tengamos que cavar más agujeros de entierro! —su voz se elevó con desesperación y Ala de Tórtola sintió una oleada de simpatía, y de culpa por haber dudado de ella.

—Te ayudaré —maulló, con la voz quebrada por la emoción.

Apretó el flanco de Flores Caídas en señal de disculpa silenciosa, y luego comenzó a hurgar en la tierra suelta y húmeda. Para su alivio, descubrió unos pequeños tallos verdes que aún tenían hojas.

—¿Crees que ayudarán? —preguntó a Flores Caídas.

La guerrera asintió.

—Muérdelos con cuidado —le indicó—. Deja las raíces para que sigan creciendo.

Con una pequeña cosecha de tallos, regresaron al campamento.

—Lo siento —maulló Ala de Tórtola alrededor de su bocado—. No debería haber dudado de ti.

Flores Caídas se detuvo y dejó su pequeña carga.

—Yo probablemente habría hecho lo mismo —admitió—. Unirme al Bosque Oscuro fue el mayor error que pude haber cometido. No… No estoy segura de poder perdonarme.

Ala de Tórtola se inclinó y presionó su hocico contra el hombro de Flores Caídas.

—Tienes que hacerlo —murmuró—. Por el bien de todos. Tenemos que seguir adelante con lo que pasó, y encontrar nuevas formas de ser fuertes.

Sus palabras cayeron como piedras en el aire frío. «*¿Eso incluye que aprenda a vivir sin mis sentidos?* —se preguntó—. *Al igual que Flores Caídas, siento que no puedo perdonarme si los pierdo. ¿Cómo voy a servir a mi Clan ahora?*».



CAPÍTULO 9

Ala de Tórtola hizo una pausa para recuperar el aliento antes de arrastrar su presa, una mirlo hembra con las plumas marrones manchadas de sangre tras una captura bastante desordenada, a través de la barrera de espinas. Había pasado un cuarto de luna desde que ella y Flores Caídas habían ido a buscar nébeda, y más gatos habían caído enfermos. Dos amaneceres atrás, Cirro había visitado el campamento para preguntar si Glayo y Hojarasca Acuática podían darle algo de nébeda para los gatos enfermos del Clan de la Sombra, así que estaba claro que la enfermedad se había extendido más allá del territorio del Clan del Trueno. Látigo Gris apareció detrás de Ala de Tórtola llevando un campañol.

—¿Estás bien, Ala de Tórtola? —preguntó, poniendo el campañol a sus patas.

—Bien —maulló Ala de Tórtola. Recogió al mirlo y empezó a caminar a través del hueco entre las espinas.

Salió para ver a Pétalo de Rosa colocando su captura, un conejo joven, en la pila de carne fresca. Estrella Zarzosa se acercó para ver el regreso de la patrulla de caza.

—Bien hecho —ronroneó—. Sé que es difícil mantener el montón de carne fresca cuando hay menos guerreros capaces de cazar, pero tenemos que hacer todo lo posible para alimentar al Clan. Si tenemos hambre, es más probable que enfermemos.

Ala de Tórtola miró con ansiedad las ancas huesudas del líder y los huecos sobre sus ojos. Dudaba que Estrella Zarzosa estuviera tomando su parte del montón, dejando que sus compañeros de Clan comieran lo mejor de la carne fresca. Centella fue la última en salir de las espinas, tropezando

con un tordo que colgaba de sus mandíbulas. Había dejado a sus cachorros al cuidado de Dalia para ayudar con las patrullas de caza, aunque estaba agotada y delgada de alimentar a los cachorros de Acedera y a los suyos. La seguían de cerca Hojarasca Acuática, Bayo y Rosella, que llevaban cada uno un montón de hojas bien envueltas. Glayo fue a reunirse con ellos en el centro del claro, y Luz de Garbeña se arrastró para ayudar a desenrollar los paquetes.

—¿Encontraron nébeda? —preguntó Glayo, con la voz tensa por la preocupación.

Bayo negó con la cabeza.

—Probamos en todos los lugares que sugeriste —maulló—. No había más que tallos muertos. Lo sentimos.

Glayo agitó las orejas.

—No es su culpa.

—Hojarasca Acuática dijo que esto podría ayudar —maulló Rosella, empujando su bulto hacia Glayo para que pudiera olerlo.

—Es hinojo —Hojarasca Acuática explicó—. Sé que normalmente lo usamos para tratar los vómitos, pero he visto que ayuda a los gatos que tienen problemas para respirar.

Glayo asintió.

—Buena idea. La pamplina también podría ser útil, aunque no sé si crece alguna en nuestro territorio.

—Echaré un vistazo mañana —prometió Hojarasca Acuática—. Se me ocurren uno o dos lugares donde podría estar.

Ala de Tórtola sintió un impulso de orgullo por los curanderos de su Clan. ¿Había alguna planta cuyo uso no conocieran? Con su habilidad, seguramente el Clan del Trueno también ganaría esta batalla.

De repente, se oyó un chillido desde el exterior de la maternidad.

—¡Ayuda! ¡Socorro! —dijo Pequeña Ámbar—. ¡El Bosque Oscuro viene a por mí!

Ala de Tórtola se giró, con el pelaje erizado. Se relajó cuando vio que Zarpa de Topo se acercaba sigilosamente al pequeño cachorro, con las patas delanteras extendidas y las garras bien envainadas. Pequeño Rocío y Pequeño Nieve corrieron para unirse a su hermana.

—¡Quédate atrás, traidor! —siseó Pequeño Nieve, esponjando su pelaje blanco—. Dices que ahora eres un gato del Clan del Trueno, ¡pero nosotros sabemos la verdad! ¡Solo quieres matarnos!

Zarpa de Topo arqueó la espalda.

—¡Ajá! ¡Parece que no confían en mí, a pesar de que hice un juramento! Pues… ¡tienen razón! ¡Soy su enemigo más peligroso! —se abalanzó hacia los cachorros, azotando su cola.

Ala de Tórtola saltó y se puso delante del aprendiz marrón y crema.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

Zarpa de Topo parpadeó.

—Jugando —respondió inocentemente.

Ala de Tórtola siseó.

—Sabes muy bien que esto es más que un juego. ¿Por qué haces que estos cachorros se asusten del Bosque Oscuro? Esa batalla está ganada.

La mirada del aprendiz se deslizó de lado para posarse en Espinardo y Betulón, que estaban compartiendo lenguas junto al tocón del árbol.

—No del todo —murmuró.

—¡Oye! —gritó Pequeña Ámbar—. ¿Por qué detuviste nuestro juego, Ala de Tórtola? ¡Nos estábamos divirtiendo!

Dalia salió de la maternidad.

—¿Qué pasa? Ala de Tórtola, ¿hay algún problema? Quería que estos cachorros estiraran las piernas y tomaran un poco de aire fresco.

Ala de Tórtola agitó la punta de su cola.

—No creo que Zarpa de Topo haya elegido el mejor juego —maulló.

La reina de pelo crema entrecerró los ojos.

—Todos los cachorros juegan a pelear —maulló—. Nadie nunca sale herido. Déjalos, Ala de Tórtola. Estoy segura de que tienes más que suficiente que hacer —volvió a entrar en la maternidad.

Zarpa de Topo miró a Ala de Tórtola.

—Ya la escuchaste. Deja de meter tu hocico donde no lo queremos.

—Sabes lo que estás haciendo, Zarpa de Topo —le gruñó la guerrera gris—. Tal vez deberías pensar si estás ayudando al Clan. —Se dio la vuelta, todavía erizada.

Detrás de ella, oyó a los cachorros saltando sobre Zarpa de Topo, chillando en señal de triunfo.

—¡Matamos al traidor! —declaró Pequeño Rocío—. ¡El Clan del Trueno está a salvo!

Ala de Tórtola sintió que su corazón se hundía. «*El Clan del Trueno nunca estará a salvo si estamos divididos dentro de los muros de nuestro propio campamento*».

* * *

Al amanecer siguiente, Esquiruela dijo a los gatos que se organizaran en patrullas de caza mientras ella dirigía un control fronterizo. Su voz era tranquila y ronca, y Ala de Tórtola esperaba que no estuviera enfermando también. Cuando la lugarteniente y su patrulla, que incluía a Estrella Zarzosa, desaparecieron entre las espinas, los guerreros restantes se miraron entre sí.

—Yo dirigiré una patrulla —se ofreció Rosella.

Leonado y Carbonera cruzaron el claro para unirse a ella.

—Yo también iré —maulló Betulón.

—En realidad, iba a preguntarle a Mili —Rosella maulló—. Gracias de todos modos. Mili, ¿te unes a nosotros?

Con un aspecto ligeramente sorprendido, la gata atigrada gris se acercó al grupo. Ala de Tórtola se tensó cuando vio el dolor en los ojos de su padre. ¿Qué tan obvia podía ser Rosella?

—Me gustaría cazar contigo, Betulón —dijo—. Espinardo, Charca de Hiedra, Ratonero, Flores Caídas, ¿vendrán con nosotros?

«*¡No dejaré que mis compañeros de Clan rechacen a estos gatos por el error que cometieron!*».

Los cuatro gatos se unieron a ella, y Ala de Tórtola se estremeció al ver la gratitud en sus ojos. Zarpa de Cereza, Zarpa de Topo y Pétalo de Rosa formaron otra patrulla, y los tres grupos de gatos salieron en fila a través de las espinas. Rosella llevó a sus gatos hacia el viejo Sendero Atronador, y la patrulla de Pétalo de Rosa se dirigió hacia el lado de la hondonada, así que Ala de Tórtola dirigió a sus guerreros hacia la frontera con el Clan del Viento, subiendo por la colina hasta donde los árboles se volvían más delgados y era más fácil ver a los pájaros picoteando en el suelo.

Charca de Hiedra atrapó un tordo casi de inmediato y lo cubrió con un mantillo de hojas al pie de un arbusto de acebo. Ala de Tórtola captó el olor de un conejo que debía de haberse alejado del páramo. Lo siguió hacia el arroyo, pero se detuvo cuando le pareció que la criatura había cruzado a saltos el agua y había regresado al territorio del Clan del Viento. Decepcionada, dio media vuelta y se unió a su padre mientras éste daba vueltas alrededor de una ardilla que masticaba una bellota, tan absorta que no había notado a los gatos que la acechaban. Se acercaron, colocando sus patas con tanta ligereza que no hacían ruido, y cuando estaban a menos de un zorro de distancia, Betulón se le abalanzó. Aterrizó limpiamente sobre la ardilla, le dio el golpe mortal y levantó la cabeza en señal de triunfo.

—¡Buen trabajo! —comentó Ala de Tórtola—. Lo llevaré al arbusto de acebo. —Recogió el trozo de carne fresca y lo llevó a través de los árboles para unirlo a la captura de Charca de Hiedra.

Estaba barriendo las hojas sobre el esponjoso cuerpo gris cuando se oyó un golpeteo de patas desde más lejos en la cresta. Asustada, Ala de Tórtola se asomó a la ladera. Zarpa de Cereza salió de la maleza, con el pelaje erizado. Zarpa de Topo y Pétalo de Rosa venían de cerca, con el pelo enmarañado y los ojos muy abiertos por el pánico. Ala de Tórtola corrió a su encuentro.

—¿Qué pasó? —dijo.

Zarpa de Cereza se deslizó hasta detenerse, casi perdiendo las patas en el mantillo suelto.

—Nosotros… nosotros… —se detuvo por un momento hasta que su respiración se estabilizó. Entonces parpadeó y miró directamente a Ala de Tórtola—. Encontramos el olor de un zorro dentro de nuestra frontera. Podría ser el que el Clan de la Sombra expulsó, y está buscando más gatos.

El resto de la patrulla de Ala de Tórtola se amontonó.

—No son buenas noticias —gruñó Espinardo.

—Es peor que… —Pétalo de Rosa comenzó, pero Zarpa de Topo la cortó.

—Vamos a avisar a Estrella Zarzosa —chirrió—. Probablemente querrá enviar una patrulla para rastrearlo y perseguirlo.

—Podríamos ir a echar un vistazo ahora —Betulón sugirió, y Flores Caídas asintió.

—Somos cinco —ella señaló—. ¡Deberíamos ser capaces de desafiar a un zorro!

Zarpa de Cereza miró a su hermano con una mirada que Ala de Tórtola no pudo leer.

—Es una buena idea —maulló—. Iremos a decírselo a Estrella Zarzosa y luego iremos a buscarlos. Vamos.

Zarpa de Topo la siguió, y luego Pétalo de Rosa, que miró hacia atrás una vez por encima de su hombro antes de desaparecer entre los helechos. Algo picó bajo el pelaje de Ala de Tórtola, como si debiera haber hecho más preguntas, pero Ratonero ya estaba corriendo hacia la cresta.

—¡Vamos! —aulló—. ¡No podemos dejar que este zorro se adentre demasiado en el territorio!

El resto de la patrulla corrió tras él. Ala de Tórtola iba en la retaguardia, aún luchando contra la sensación de que algo iba mal. Charca de Hiedra volvió a mirarla.

—¿Estás bien? —jadeó.

Ala de Tórtola asintió.

—Cuando lleguemos a la cima de la colina, deberíamos parar. Quizá pueda oír al zorro.

Charca de Hiedra redujo la velocidad.

—¿Tú crees?

—¡Tengo que intentarlo! —Ala de Tórtola siseó.

Los guerreros se abrieron paso entre los árboles y treparon por la última pendiente hasta la cima de la cresta.

—¡Esperen! —Ala de Tórtola aulló, y Ratonero se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Nada —resopló Ala de Tórtola—. Vamos a tomarnos un momento para escuchar al zorro, o para buscar un rastro de olor.

Estaban cerca de la frontera, y las marcas del Clan del Trueno colgaban con fuerza en el aire. Ala de Tórtola agudizó sus sentidos hasta que le dolieron los oídos. «*¡Nada!*». Solo el jadeo de los otros gatos y el viento en los árboles. «*¿Quizá el zorro se quedó quieto y callado?*».

De repente se oyó un chillido terrible. Todos los gatos saltaron, y sus pelajes se erizaron.

—¿Qué fue eso? —jadeó Flores Caídas.

—Parecía un zorro —Espinardo gruñó—. ¡Vamos! —bajó la colina, atravesando con fuerza los helechos que se agitaban en la cara de Ala de Tórtola mientras lo seguía.

Los horribles chillidos continuaron, resonando en el bosque. Sea lo que sea lo que estaba haciendo ese zorro, no estaba feliz. Salieron a un espacio claro y arenoso en el lado de la cresta. Al otro lado, una zorra estaba agachada, con los labios curvados hacia atrás y la espalda encorvada por el dolor. Ala de Tórtola se quedó helada. ¿Habían ido directamente a una emboscada de esta terrible criatura? Pero el zorro no se movió. Echó las orejas hacia atrás y les gruñó, pero se quedó exactamente donde estaba.

—¡Gran Clan Estelar! —Espinardo respiró en el oído de Ala de Tórtola—. ¡Está atrapado en una trampa!

Ala de Tórtola se asomó más cerca. Unas relucientes mandíbulas plateadas agarraban la pata delantera de la zorra, con tanta fuerza que el hueso blanco podía verse a través de la carne desgarrada. Ala de Tórtola tragó saliva. Solo podía imaginarse el dolor de la criatura. Le vino a la mente la idea de que podría haber sido uno de sus compañeros de Clan atrapado así.

—¿Qué vamos a hacer? —siseó Flores Caídas—. ¡No puede quedarse aquí!

Charca de Hiedra se arrastraba por el claro.

—¡Vuelve! —aulló Ala de Tórtola, pero su hermana no se detuvo.

Con un aullido, la zorra se puso de pie y se abalanzó sobre Charca de Hiedra, arrastrando la trampa atada a su pata. Ala de Tórtola saltó hacia ella, con las garras fuera, y aterrizó en su cuello mientras las mandíbulas de la zorra se dirigían hacia su hermana. Abajo, Espinardo y Betulón se lanzaron sobre las ancas de la criatura mientras Flores Caídas y Ratonero le arañaban las orejas. La zorra luchaba por su vida. Medio loca de dolor, se agitó, mordió y azotó con sus patas para que la pesada trampa se estrellara contra Espinardo, tirándolo al suelo. Charca de Hiedra se lanzó por debajo del vientre de la zorra, se agarró al pescuezo de Espinardo y lo arrastró. Espinardo sacudió la cabeza, y luego saltó junto a Charca de Hiedra hacia el animal una vez más, todo dientes, garras y aullidos.

Ala de Tórtola se clavó en el grueso pelaje rojizo hasta que sintió que la piel saltaba bajo la punta de sus garras. La zorra movió la cabeza de un lado a otro hasta que Ala de Tórtola se mareó, pero no la soltó. De manera tenue, fue consciente de que había movimiento en el borde del claro. Levantó la mirada y su momentánea falta de concentración le hizo perder el agarre. La zorra la arrojó como un insecto y Ala de Tórtola voló por los aires hasta aterrizar con un golpe seco en la tierra. Jadeó para respirar.

Un rostro atigrado dorado se cernió sobre ella.

—Quédate quieta. Te quedaste sin aliento —era Leonado—. Vigílala, Carbonera —ordenó. Luego desapareció, y Ala de Tórtola escuchó un nuevo grito de la zorra.

De forma borrosa, distinguió las facciones de Carbonera mirándola.

—Oímos una conmoción y vinimos tan rápido como pudimos —explicó la gata. Levantó la mirada y se estremeció—. Nunca había visto a un zorro pelear así. ¡Oh, Leonado, no!

Ala de Tórtola luchó por sentarse. Carbonera la apoyó contra su hombro. Leonado estaba agachado sobre el lomo de la zorra, hundiendo sus dientes en su cuello. La sangre manaba de un desgarro en su oreja, pero no parecía notar el líquido escarlata que se acumulaba en sus ojos. Abajo, Espinardo y Ratonero arañaban la pata delantera libre del zorro, mientras Flores Caídas y Charca de Hiedra atacaban sus cuartos traseros. Había algo en la forma en que cada par de guerreros se movía, igualando golpe por golpe, mordida por mordida, que le recordaba a Ala de Tórtola

que habían entrenado juntos durante mucho tiempo en habilidades que los gatos del Clan del Trueno no podían soñar.

El zorro giró la cabeza para morder a Leonado. Carbonera se lanzó hacia adelante.

—¡Lo va a matar! —siseó.

Ala de Tórtola se levantó con dificultad y extendió una pata para detener a la gata.

—Está bien —maulló—. Deja que luche.

Carbonera se volvió hacia ella, con los ojos azules anillados de blanco por el miedo.

—¡Pero ya no tiene sus poderes! ¡Ahora sí puede ser herido!

—Lo sé —maulló Ala de Tórtola—. Mis poderes también han desaparecido. Pero sigue siendo el mejor y más valiente guerrero que tiene el Clan del Trueno. No le quites eso, Carbonera.

La gata gris sostuvo la mirada de Ala de Tórtola, y luego exhaló lentamente.

—Tienes razón —susurró.

La zorra soltó otro chillido sobrenatural, que se cortó bruscamente. Con un horrible gorgoteo, escupió una bocanada de sangre y se desplomó en el suelo. Espinardo y Ratonero apenas lograron saltar. Leonado bajó de un salto del lomo de la zorra y se colocó sobre ella, observando cómo se le agitaba el flanco por última vez.

Los helechos crujieron y Estrella Zarzosa irrumpió en el claro seguido por Esquiruela, Zarpa de Cereza y Zarpa de Topo. El líder del Clan del Trueno se detuvo en seco cuando vio al animal y a los guerreros maltrechos y sangrantes que lo rodeaban.

—En nombre del Clan Estelar, ¿qué pasó aquí? —gruñó.

Esquiruela saltó hacia Ala de Tórtola.

—¿Estás bien?

—Sí —Ala de Tórtola resolló.

Se levantó y se probó con cautela cada pata. Tenía las costillas magulladas en un lado por los golpes contra el suelo, pero no había nada grave. Leonado empujó a la zorra con una pata. Su cabeza se alejó de él y otro chorro de sangre salió de su boca.

—Está muerta —anunció el guerrero innecesariamente.

Estrella Zarzosa se acercó y miró los dientes plateados que aún sujetaban la pata delantera de la zorra.

—Zarpa de Cereza y Zarpa de Topo dijeron que habían encontrado rastros de un zorro dentro de la frontera. ¿La persiguieron hasta la trampa?

Ala de Tórtola se adelantó.

—No —maulló—. Esta zorra ya estaba atrapada cuando la primera patrulla la encontró. —Miró fijamente a los aprendices—. ¿No es así?

Zarpa de Cereza asintió miserablemente.

Estrella Zarzosa entrecerró los ojos.

—Eso no es lo que me dijeron.

—Ni a nosotros —maulló Ala de Tórtola—. Creo que querían que mi patrulla lo encontrara cuando estuviera viva y enloquecida de dolor.

—¿Por qué harían eso? —Esquiruela preguntó.

Ala de Tórtola dejó que su mirada recorriera a los guerreros avergonzados hasta posarse en su valiente patrulla.

—Porque mi patrulla estaba formada por gatos que una vez entrenaron con el Bosque Oscuro. Zarpa de Cereza y Zarpa de Topo no sienten lealtad hacia ellos, y estaban dispuestos a enviarlos a un gran peligro.

Los costados de Estrella Zarzosa se erizaron.

—¿Tiene razón? —preguntó.

Zarpa de Topo movió las patas.

—¡No sabíamos que lo atacarían! —se quejó—. ¡Solo queríamos asustarlos!

Hubo un movimiento borroso, y de repente Leonado se cernía sobre los aprendices.

—¡Casi los asesinan por su culpa! —siseó.

Zarpa de Cereza se encogió en el suelo.

—¡No fue nuestra intención! —baló.

—Retírate, Leonado —ordenó Estrella Zarzosa—. Volveremos a la hondonada. Todos los que pelearon con este zorro, quiero que Glayo los revise. —Se dio la vuelta y salió del claro.

Los gatos lo siguieron, silenciosos ahora por la vergüenza o el agotamiento después del frenesí de luchar por sus vidas. La cabeza de Ala de Tórtola dio vueltas y se apoyó agradecida en el hombro de Carbonera mientras se abrían paso entre los helechos y descendían la pendiente hacia el campamento.

Dentro, Estrella Zarzosa estaba de pie sobre la Cornisa Alta.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas se reúnan aquí para una reunión! —rugió.

Hubo una oleada de conmoción cuando los gatos salieron de las guaridas o dejaron la carne fresca que habían estado comiendo. Látigo de Abejorro corrió hacia Ala de Tórtola.

—¿Qué pasó? ¿Estás bien?

Ella respiró su cálido aroma y dejó que la reconfortara.

—Estaré bien —maulló.

Estrella Zarzosa apenas dio a los gatos la oportunidad de calmarse antes de empezar a hablar. Sus palabras cayeron en la hondonada como piedras en un estanque.

—Hoy hay valientes guerreros entre ustedes —declaró—. Gatos que arriesgaron sus vidas para proteger a su Clan, que se precipitaron a una situación sin saber a qué se enfrentaban pero no se echaron atrás. Lucharon contra el más salvaje de los enemigos, y ganaron. Estamos en deuda con ellos.

Un murmullo recorrió la multitud y los gatos se volvieron unos a otros confundidos. ¿Qué se habían perdido? ¿Había habido un ataque de otro Clan?

Estrella Zarzosa continuó:

—Charca de Hiedra, Flores Caídas, Ratonero, Espinardo y Betulón, por favor, vengan al frente.

Los cinco gatos llegaron cojeando al pie del acantilado. El labio de Espinardo estaba desgarrado, y ya se estaba formando una costra sobre el ojo de Charca de Hiedra. A Betulón y a Ratonero les faltaban varios mechones de pelo.

—Algunos de ustedes siguen culpando a estos gatos de la batalla con el Bosque Oscuro —maulló Estrella Zarzosa—. Están equivocados. Hoy, estos gatos nos han salvado la vida. Fueron engañados, sí, engañados, para enfrentarse a una zorra herida. Me complace informar que la criatura fue derrotada y el Clan del Trueno está a salvo. Si sienten algo hacia estos guerreros, debe ser gratitud, respeto y la mayor lealtad. Han demostrado que están dispuestos a dar su vida por ustedes. En el futuro, estarán preparados para hacer lo mismo.

Ala de Tórtola miró a su alrededor y vio que varios de sus compañeros de Clan parecían incómodos, aplanando las orejas y moviendo las patas. Bayo y Rosella estaban entre ellos.

Estrella Zarzosa examinó al Clan con su mirada ámbar.

—Sepan esto, guerreros. El Bosque Oscuro ganará si no perdonamos a los gatos que una vez fueron sus aliados. El perdón es mucho más poderoso que el odio y la sospecha. Unidos, somos tan fuertes como siempre. Divididos, caeremos. Recuerden que el Bosque Oscuro sigue ahí fuera, listo para acechar nuestros sueños. La hostilidad y la desconfianza entre nosotros les dará más fuerza de la que merecen. ¿Quieren eso?

—¡No! —corearon los gatos.

Estrella Zarzosa inclinó la cabeza hacia un lado.

—¡No los escucho!

—¡*No*! —aulló el Clan del Trueno, haciendo temblar las hojas de los árboles.

Estrella Zarzosa bajó la cabeza para rezar.

—Gran Clan Estelar, te damos las gracias por dar valor y fuerza a estos guerreros hoy. Que los honremos siempre.

Sus palabras fueron secundadas por el resto de los gatos, en silencio como una suave brisa. Hubo un movimiento cerca del frente, y Ala de Tórtola se puso de puntillas para ver a Zarpa de Cereza y a Zarpa de Topo acercarse a los gatos al pie del acantilado.

—Lo sentimos mucho —maulló Zarpa de Topo—. Lo que hicimos estuvo mal, y rompió el código guerrero.

—No volverá a ocurrir —Zarpa de Cereza añadió.

Betulón extendió su cola y acarició a la gata en su costado.

—Les creo —maulló. Hizo una pausa—. ¿Patrullarías conmigo mañana, Zarpa de Cereza?

Ella asintió vigorosamente.

—Sería un honor patrullar con cualquiera de ustedes.

Ala de Tórtola dejó escapar un suspiro de alivio.

—Todavía no sé exactamente lo que pasó, pero sea lo que sea que hayas hecho, gracias —murmuró Látigo de Abejorro—. Esto significa mucho para mí. —Miró con cariño a su hermana, que estaba rodeada de guerreros que le preguntaban si estaba bien después de la pelea con el zorro.

—Sé que sí —Ala de Tórtola susurró. Aguzó las orejas cuando vio a Leonado caminando hacia su guarida—. Discúlpame —le maulló a Látigo de Abejorro. Trotó tras el atigrado dorado y lo detuvo en la entrada de la guarida de los guerreros—. Leonado, tenemos que hablar —anunció—. Ahora.

El guerrero parpadeó una vez y asintió.

—Lo sé. Vamos, busquemos a Glayo.

El curandero estaba esperando fuera de la cueva. No les dio la oportunidad de hablar, en su lugar volvió su mirada azul sin vista para encontrarse con ellos y dijo:

—Es la hora. Hablemos fuera del campamento.

Los tres gatos atravesaron el claro y salieron entre los espinos. Glayo los guió un poco hacia los árboles y saltó sobre un árbol caído.

—Nuestros poderes han desaparecido —maulló—. No he podido visitar los sueños de otros gatos desde la Gran Batalla, ni puedo ver en sus mentes cuando están despiertos.

—Yo puedo ser herido —maulló Leonado, sonando tan confuso como si acabara de darse cuenta.

—Y yo no puedo oír ni ver nada —Ala de Tórtola admitió. Levantó la cabeza para mirar a sus compañeros de Clan—. ¿Por qué pasó esto? —se lamentó—. ¿Nos están castigando porque el Clan no se unió de nuevo después de la batalla? ¿O porque murieron demasiados gatos? ¿Seguimos siendo los Tres descritos en la profecía?

Glayo agitó su cola.

—No lo sé —gruñó—. Pero creo que hay algún lugar donde podemos encontrar una respuesta. ¿Ustedes dos están en condiciones de hacer un viaje?

—Por supuesto —respondió Leonado.

Ala de Tórtola maulló:

—Creo que sí.

Glayo bajó de un salto del tronco del árbol.

—Síganme.



CAPÍTULO 10

La Laguna Lunar brillaba como un único ojo de plata, reflejando la luz de las estrellas y el cielo nocturno vacío. Ala de Tórtola recuperó el aliento mientras recorría el camino en espiral, sintiendo cómo sus patas se hundían en las huellas dejadas por los gatos de incontables lunas anteriores.

—¡Es hermosa! —dijo.

Leonado se estremeció.

—Es espeluznante.

Glayo los condujo a la orilla del agua, tan quieta como la piedra pulida.

—Acuéstense y cierren los ojos —maulló.

—¿Qué va a pasar? —preguntó Leonado con desconfianza.

—El Clan Estelar vendrá a nosotros —Glayo respondió—. Solo ellos saben por qué hemos perdido nuestros poderes, y lo que esto significa para la profecía. —Se acomodó en la piedra lisa y metió las patas debajo de él.

Ala de Tórtola se acostó a su lado, y luego Leonado a su otro lado. Ala de Tórtola echó una última mirada al agua estrellada y cerró los ojos. Su pelaje se erizó de emoción. «*Clan Estelar, ¿están ahí?*».

El sonido del viento que corría llenó sus oídos y abrió los ojos con un sobresalto. Estaba en la cima de una montaña rodeada de un cielo oscuro y sin estrellas. El viento tiraba de su pelaje y el frío se filtraba en sus patas desde la dura piedra. Leonado y Glayo estaban a su lado, apoyándose en el vendaval para mantener el equilibrio.

—¿Es este el Clan Estelar? —Ala de Tórtola aulló por encima del viento. De alguna manera había esperado que fuera más… pacífico.

—¡No! —Glayo aulló de vuelta—. ¡No sé dónde estamos!

«*¡Gran Clan Estelar! Esto no es el Bosque Oscuro, ¿verdad?*», pensó Ala de Tórtola alarmada.

Leonado señaló con su cola el borde de la meseta rocosa.

—¡Miren!

Dos figuras caminaban hacia ellos desde la oscuridad. No eran gatos antiguos iluminados con la luz de las estrellas, sino figuras desparejadas y abultadas, de paso inseguro y ojos fieros y brillantes. Una de las figuras se alzaba sobre la otra, de hombros anchos y hocico estrecho. La otra se tambaleaba sobre el suelo pedregoso, con su piel sin pelo brillando en la penumbra.

—¡Medianoche y Pedrusco! —Ala de Tórtola susurró.

Sintió que el pelaje a lo largo de su manto se alisaba. No era el Bosque Oscuro, entonces.

La tejona y el gato ciego y calvo se detuvieron frente a ellos.

Medianoche bajó la cabeza.

—Bienvenidos sean —ladró—. Lejos han llegado, después de un tiempo difícil. ¿Algo que preguntar, creo?

—¿Por qué no puedo escuchar más? —soltó Ala de Tórtola—. ¿O ver?

Pedrusco dirigió su nublada mirada azul hacia ella.

—Oh, creo que todavía puedes ver —murmuró suavemente.

Ala de Tórtola se sintió acalorada por la vergüenza.

—Sí, por supuesto, pero no es lo mismo. ¡Solía ser capaz de ver *todo*! Ahora solo puedo ver lo que está delante de mí. Y lo mismo ocurre con mi oído.

—Hemos perdido nuestros poderes —dijo Glayo—. Los poderes otorgados a los gatos en la profecía. *Habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán el poder de las estrellas en sus patas*.

—Glayo pensó que el Clan Estelar podría saber por qué hemos cambiado —Leonado maulló.

Medianoche giró su hocico rayado hacia él.

—No del Clan Estelar vinieron estos poderes. Sino de fuerzas más antiguas, de la tierra, el agua, la piedra y el aire. Perdiendo sus dones están, sí. Eso cambiarlo no puedo. Pero perdiéndolos están porque no son necesarios ahora.

Ala de Tórtola se esforzó por desentrañar las palabras de la tejona.

—¿Quieren decir que los Clanes están a salvo ahora? ¿Ya no nos necesitan?

—Su Clan siempre los necesitará —raspó Pedrusco con una voz que parecía provenir del propio viento—. Y a veces, también los otros Clanes. Pero nunca volverán a enfrentarse a una batalla que necesite estos poderes. ¿La tos verde que los aflige ahora? Será dura, pero sus curanderos tienen los conocimientos necesarios para tratarla. Seguirán luchando con sus vecinos, pero tienen los conocimientos para lidiar con ellos. A veces ganarán, a veces no. Así son las cosas.

Medianoche se adelantó y apoyó su hocico en la cabeza de Leonado.

—Valiente guerrero, no pierdas la fe. Entrar en batalla cuando las heridas son seguras, eso es el verdadero valor. —Se acercó a Glayo arrastrando los pies—. Gato curandero, sabio eres, y así lo sabes. Cuida a tus compañeros de Clan que puedas sin caminar en sus pensamientos y sueños. Deja que esos ocultos de tu vista estén. —Medianoche llegó a Ala de Tórtola, y ella sintió una ráfaga de aliento apestoso alrededor de su hocico—. Pequeña guerrera, muchos peligros hay en un mundo cuando eres ciego y sordo. Pero aún ojos y oídos tienes. Úsalos como lo hacen tus compañeros de Clan. Más débil que ellos nunca serás.

La tejona dio un paso atrás y soltó un gran suspiro, como si tanta charla la hubiera cansado. Ala de Tórtola se preguntó cuántos años tenían ella y Pedrusco. ¿Tan viejos como las estrellas?

—Sus poderes ayudaron a los Clanes a ganar la Gran Batalla —les dijo Pedrusco—. Eso es lo que prometió la profecía, y esa promesa se ha cumplido. Se sentirán guerreros menores sin los poderes, pero no lo son. Encuentren fuerza en el valor y las habilidades que comparten sus compañeros de Clan. La Gran Batalla se ha librado y ganado. Un nuevo tiempo para los Clanes está por delante.

—Recuerden también que ustedes solos la Gran Batalla no ganaron —les advirtió Medianoche—. Todos los Clanes, todos los guerreros, todas las reinas, veteranos, cachorros y curanderos juntos lucharon. Protegerlos a todos no es para ustedes, con o sin poderes. Se ha perdido más que el don de la vista, la fuerza o los sueños. Pero el poder del código guerrero para siempre perdura.

Hubo un crujido de relámpagos en lo alto, haciendo que Ala de Tórtola se estremeciera y cerrara los ojos. Cuando los abrió de nuevo, Medianoche y Pedrusco se habían desvanecido y por un momento un gato rojizo estaba frente a ella, con sus ojos verdes brillando de amor.

—¿Estrella de Fuego? —Ala de Tórtola respiró, pero entonces la visión desapareció y estaba de pie al borde de la Laguna Lunar con Glayo y Leonado. El agua estaba más tranquila que nunca.

Leonado se volvió hacia ella.

—¿Estás bien?

Ala de Tórtola asintió.

—Mejor que antes —maulló.

A su lado, Glayo movía la cola con impaciencia.

—Tengo gatos enfermos esperándome. Vamos, veamos si podemos volver antes del amanecer. —Subió trotando el camino en espiral, su pelaje gris se fundía con la piedra. Leonado lo siguió, pero Ala de Tórtola se quedó atrás un momento, mirando el estanque. Sintió que una oleada de esperanza brotaba en su interior.

«*La Gran Batalla ha sido ganada. Sobreviviremos a la tos verde*». Se giró para seguir a sus compañeros de Clan. De repente, sus patas se sintieron más ligeras. «*¡Y el código guerrero durará para siempre!*».

ESCENA BONUS

LAS NUEVE VIDAS DE ESTRELLA ZARZOSA: EL REGRESO DE LOS HÉROES

El agua en la Laguna Lunar estaba tan fría que Zarzoso jadeó cuando le tocó la nariz.

—Te acostumbrarás —maulló Glayo a su lado—. Eso, o se te adormecerá la nariz.

—Genial —murmuró Zarzoso, intentando tumbarse más cómodamente sobre las piedras. Por dentro, temblaba de emoción y de cansancio por haber hecho el largo viaje a la laguna tan pronto después de haber luchado contra el Bosque Oscuro. La pena por Estrella de Fuego arrastraba su pelaje y le escocía los ojos, pero este era un momento que Zarzoso siempre había sabido que llegaría algún día: su propia ceremonia de nueve vidas y el comienzo de su liderazgo en el Clan del Trueno.

—Deja de retorcerte —Glayo siseó—. Cierra los ojos y espera a que el Clan Estelar venga a ti.

Zarzoso metió las patas delanteras bajo el pecho y dejó que su hocico cayera un poco más en la Laguna Lunar. El choque del agua helada luchó brevemente con una pesada ola de cansancio que lo bañaba. Se dejó llevar por el sueño, pero casi de inmediato el sonido de los susurros lo hizo incorporarse y mirar a su alrededor. ¿Qué le molestaba? ¡Se suponía que estaría compartiendo lenguas con el Clan Estelar!

Todavía estaba en la hondonada rocosa que albergaba la Laguna Lunar, redonda y plateada a la luz de la luna, pero ahora las laderas estaban llenas de filas y filas de gatos, brillando y murmurando. «*¡Clan Estelar!*». Zarzoso sintió que se quedaba boquiabierto al ver gatos tan familiares que le desgarraban el corazón: Acedera, Fronda y su madre, Flor Dorada… Unos pasos suaves sonaron a su lado y se giró para ver a Glayo. Los ojos azules del curandero eran claros y brillantes y estaban enfocados en Zarzoso.

—¡Puedes ver! —exclamó.

Glayo asintió.

—En mis sueños, sí. —Movió la punta de su cola—. No es como que haga mucha diferencia. Ahora, ¿estás listo?

Zarzoso asintió, tratando de ignorar las polillas nerviosas que habían comenzado a dar vueltas en su vientre. Glayo parecía tan viejo y tranquilo, como si estar entre los gatos antiguos y muertos fuera tan natural como estar entre sus compañeros de Clan vivos. Zarzoso miró al curandero y sintió un destello de orgullo. «*Te crié como mi hijo* —pensó—. *Lo has hecho muy bien, a pesar de todo*».

Hubo un parpadeo anaranjado en el extremo de la orilla, y un gato salió de las filas del Clan Estelar. Sus ojos brillaban tan verdes como el bosque, y su pelaje era del color de las llamas. Zarzoso sintió que se le llenaban los ojos.

—¡Estrella de Fuego! —respiró.

El gato naranja trotó ligeramente sobre las piedras para encontrarse con él. Estrella de Fuego parecía joven y fuerte, sin signos de la terrible y sangrienta batalla que había librado hasta sus últimos momentos.

—¡Bienvenido al Clan Estelar, Zarzoso! —anunció.

—Es un honor estar aquí —graznó Zarzoso, apenas capaz de hablar por el nudo de emoción que tenía en la garganta.

Estrella de Fuego apoyó ligeramente la punta de su cola en el costado de Zarzoso.

—No te aflijas más —maulló—. Siempre supimos que este momento llegaría.

Zarzoso se estremeció.

—¡Pero no tan pronto!

El gato naranja se encogió de hombros.

—El Clan Estelar elige el momento en que desea que nos unamos a ellos. Mi vida fue larga y plena, y tuve mucha felicidad. Y elegí al mejor lugarteniente que podía tener, sabiendo que un día me sucederías. —Se acercó y tocó con su hocico la cabeza de Zarzoso—. Te doy una vida con el valor de tomar las decisiones más difíciles, no solo para el Clan del Trueno, sino para todos los Clanes. El lago necesita cuatro Clanes; con esta vida, sírveles bien a todos.

Un rayo pareció atravesar los huesos de Zarzoso, haciéndolo tambalear sobre sus patas. ¿Así de difícil sería honrar a todos los Clanes? Luchó por respirar hasta que la fuerza abrasadora se calmó y pudo abrir los ojos. Estrella de Fuego había retrocedido y en su lugar había una gata con el pelaje del color de la cebada madura. Olía a leche, a calor y a seguridad, y Zarzoso luchó contra el impulso de acurrucarse en sus patas y gemir como un cachorro.

—Flor Dorada —susurró—. ¿Eres realmente tú?

Los ojos de la gata se suavizaron.

—Sí, hijo mío, soy yo. Estoy tan orgullosa de ti, mi amor. Y tan honrada de darte esta vida. —Se apoyó en él, y Zarzoso regresó a la maternidad, pequeño y maullando en el vientre de Flor Dorada, con nada más siniestro que un juego de bola de musgo por delante—. Te doy una vida para entender el amor de una madre —maulló—. Aunque ya has conocido lo que es el amor de un padre. Guarda ese conocimiento, siente su poder y úsalo para mantener a todos tus compañeros de Clan a salvo.

El calor llenó a Zarzoso desde la nariz hasta la punta de la cola, haciendo que le temblaran las piernas y que en su vientre ardiera un fuego que rugía con el sonido de los tigres. Sí, había sabido lo que era amar así de ferozmente. Se imaginó a Leonado, a Carrasca y a Glayo, y supo que aún daría su vida en un momento para protegerlos. «*Así debe ser para todos mis compañeros de Clan*».

Estrella Azul ocupó el lugar de Flor Dorada; Zarzoso sintió una punzada de tristeza al ver a su madre caminar de vuelta a las hileras de estrellas en el lado más lejano de la hondonada. Estrella Azul siguió su mirada.

—Ella te cuidará siempre —murmuró. Respiró profundamente—. Zarzoso, has recorrido un camino largo y difícil para llegar a este punto. Pero has demostrado tu lealtad al Clan del Trueno más veces de las que puedo contar. Estoy orgullosa de ver a mi Clan pasar a tu cuidado. —Ella se acercó y tocó su nariz—. Te doy una vida por el claro juicio de carácter, por la capacidad de ver el valor de algunos gatos, y la amenaza que representan otros. —Sus ojos se nublaron—. Es un don que no siempre poseí —admitió.

—¡Pero encontraste a Estrella de Fuego! —le recordó Zarzoso.

La mirada de la gata se suavizó.

—Así es. —Apretó su hocico contra el de él—. Ten cuidado en quién confías —susurró.

Esta vida atravesó la mente de Zarzoso como un río helado, haciéndole zumbar los oídos y deslumbrando sus ojos con luz. Sintió una puñalada de soledad, como si la vida le recordara que algunas decisiones serían solo suyas, y que el destino de todos los gatos de su Clan dependería de que tomara la decisión correcta.

La siguiente gata en avanzar era una gata marrón oscuro con ojos del color del hielo iluminado por el sol. Su pelaje era brillante y los músculos ondulaban en sus hombros mientras caminaba sobre la piedra. Por un

momento Zarzoso no la reconoció, pero luego su corazón dio un salto y jadeó:

—¡¿Musaraña?!

Los ojos de la gata brillaron.

—Sí, así es. ¿Creías que siempre sería vieja y con pelos de parche, incluso aquí? Nunca me conociste cuando era joven y fuerte, Zarzoso. Pero así es como seré por el resto de la memoria. —Ella se estiró para tocar su mejilla—. Te doy una vida para escuchar a tus veteranos, para aceptar consejos incluso cuando no los esperas. Los gatos más viejos son los que más han visto, y hay muy pocas cosas nuevas, incluso junto al lago. Confía en su sabiduría, aprende de sus errores, y recuerda que sin ellos, no tendrías Clan que liderar.

La mente de Zarzoso se llenó de innumerables murmullos y fue zarandeado por gatos invisibles que lo rozaban por ambos lados. La hondonada estaba repleta de gatos. Se esforzó por oír lo que decían, pero los susurros eran demasiado silenciosos y numerosos para poder distinguir algo. Zarzoso sintió que las piernas le empezaban a temblar por todos los recuerdos que se arremolinaban a su alrededor, y agradeció que un gato le pusiera el hombro en el costado para tranquilizarlo.

—Está bien —dijo una voz profunda—. Recibir nueve vidas siempre es duro, pero tú también acabas de salir de una batalla. Mantente fuerte, pronto terminará.

Zarzoso abrió los ojos y miró al atigrado de rayas doradas que tenía delante. Los hombros del gato eran aún más anchos que los de Zarzoso, y la forma en que sostenía la cabeza le hizo pensar a Zarzoso en los leones que se describían en los cuentos de la maternidad.

—Soy Corazón de León —retumbó el enorme gato—. Morí en una batalla con el Clan de la Sombra antes de que nacieras, pero te he visto crecer, y sé que serás un gran líder para mi precioso Clan del Trueno. Te doy una vida para que tengas el mayor orgullo de tu Clan, para que honres el legado que han dejado los líderes que han recorrido este camino antes —hizo una pausa y señaló con la cabeza a Estrella Azul y a Estrella de Fuego— y para que tengas el valor de dejar las huellas de tus patas sobre las suyas. Esta es tu oportunidad de dar forma al destino del Clan del Trueno. Utilízala sabiamente y haz que nos sintamos orgullosos.

Corazón de León tuvo que inclinarse para apoyar su hocico sobre la cabeza de Zarzoso. Zarzoso estaba lleno con una energía cálida que hizo que su pelaje se erizara. Se imaginó a todos los gatos del Clan del Trueno a su alrededor, sintió su apoyo como una ráfaga de viento que podía

impulsarlo hacia arriba, más alto que las copas de los árboles, para hacer lo que quisiera.

—Gracias, Corazón de León —susurró sin aliento.

El noble gato dio un paso atrás e inclinó la cabeza.

—Siempre es un honor conceder una vida —maulló.

Una gata de contextura ligera cuyo pelaje gris pálido estaba salpicado de motas más oscuras se acercó trotando. Sus ojos verdes eran amplios y serios. Zarzoso la miró con una oleada de dolor.

—¡Fronda!

La gata asintió.

—Oh, Zarzoso, este es un encuentro agridulce para los dos. Siento mucho haberlos dejado atrás. Por favor, cuida de Manto Polvoroso por mí, y de todos mis preciosos hijos.

—Lo haré —prometió Zarzoso—. Te extrañan mucho de menos.

Los ojos de Fronda se oscurecieron.

—Y yo a ellos. Pero diles que estoy cuidando de ellos y que los estaré esperando siempre. —Se dio una sacudida—. ¡Tengo una vida que darte, Zarzoso! —sonaba casi como una cachorra de la emoción. Se acercó a él y le tocó la barbilla con la nariz—. Mi vida es para entender que no solo los guerreros juegan un papel en la protección del Clan. Las gatas que eligen vivir en la maternidad hacen tanto como las que patrullan las fronteras y abastecen el montón de carne fresca. Criamos a cada nuevo aprendiz, alimentamos a cada pequeña boquita, enseñamos a cada cachorro la importancia del código guerrero. Sin nosotras, el Clan estaría tan desarraigado como un árbol volteado. Honra a las gatas madres, Zarzoso, porque nosotras les damos a todos la vida.

Zarzoso se sumergió de nuevo en la maternidad, su nariz se llenó del aroma de la leche y el pelaje cálido, el musgo suave lo envolvía mientras su madre le lamía las orejas. El pequeño y sombrío espacio parecía estar lleno de más gatos de los que podía reconocer, todos inclinados sobre él, observándolo con calidez en sus ojos y ronroneando desde sus vientres. El pecho de Zarzoso se hinchó de gratitud por todo lo que estas gatas habían hecho por su Clan, trayendo nuevas vidas al mundo y criándolas hasta que fueran lo suficientemente fuertes como para cazar y luchar solas.

—Gracias a todas —murmuró, y las gatas que lo rodeaban asintieron y siguieron tranquilizándolo hasta que sintió la necesidad de dormirse.

—¡Despierta, Zarzoso! —dijo una voz divertida.

Zarzoso abrió los ojos y vio a una gata gris oscura frente a él. Sus ojos azules reflejaban las estrellas mientras lo observaba.

—¡Carbonilla! —exclamó Zarzoso.

La gata bajó la cabeza.

—Tardé en llegar al Clan Estelar, pero ya estoy aquí —maulló.

Zarzoso quiso preguntarle qué quería decir, pero ella continuó antes de que él pudiera hablar.

—Te doy una vida para ofrecer segundas oportunidades —anunció ella, presionando su hocico contra el de él—. Si un plan falla, si un compañero de Clan te decepciona, si el destino parece estar al revés, nunca desesperes. Ten la fe de volver a intentarlo, aprende de lo que pasó antes, y el éxito puede llegar. Las mejores cosas llegan a los que esperan, Zarzoso. Confía en mí —una vez más, su voz se llenó de diversión, y Zarzoso se relajó en el torrente de energía que lo invadía.

De repente, se sintió lo suficientemente fuerte como para luchar dos veces en cada batalla, duplicar el tamaño del montón de carne fresca y entrenar a los aprendices durante el doble de tiempo de lo habitual, hasta que tuvieran cada habilidad, cada táctica de batalla perfeccionada.

Carbonilla le pasó la cola por el costado, miró a Estrella de Fuego y volvió a las filas. Otra gata gris se adelantó, más clara que Carbonilla, con los ojos del color del cielo del amanecer en la hoja nueva. A Zarzoso se le cortó la respiración. No era una gata que esperaba ver.

La gata asintió como si supiera lo que estaba pensando.

—Ahora camino con la Tribu de la Caza Interminable —maulló, su voz resonaba como si todavía estuviera entre las vastas montañas y las cascadas donde vivían los gatos de la Tribu—. Pero esta noche he venido aquí con mis amigos del Clan Estelar para darte una de tus vidas.

Zarzoso inclinó la cabeza.

—Oh, Plumosa, no pasa un día sin que piense en ti. Siento tanto que te hayamos dejado atrás.

Plumosa agitó las orejas.

—Pero yo era parte de la profecía de la Tribu, ¿recuerdas? ¿El gato plateado que destruiría a Colmillo Afilado? Las montañas son a donde pertenezco, pero nunca he olvidado a los Clanes. Todavía los vigilo, y estoy tan, tan orgullosa de ti, Zarzoso. —Ella se acercó y presionó su suave mejilla con aroma a piedra contra la suya—. Te doy una vida para que explores más allá de las fronteras de tu Clan, para que veas las posibilidades que hay en lugares inesperados, y los caminos no transitados que esperan ser descubiertos. No estás atrapado por tus fronteras invisibles. Si no puedes encontrar las respuestas dentro de ellas, entonces busca más allá. Siempre hay esperanza en alguna parte.

El viento agudo y cortante que Zarzoso recordaba de su estancia en las montañas azotó a su alrededor, azotando su pelaje y meciéndolo sobre sus patas. Oyó el grito agudo de un águila muy por encima de él, y sintió el pelaje húmedo por la niebla lanzada por la cascada. Una punzada de añoranza le atravesó, por todos los gatos que había conocido y perdido, por el largo camino que había seguido en busca de un nuevo hogar para los Clanes, por las vistas que había visto más allá del lago y las colinas.

—Estaré contigo, siempre —le susurró Plumosa mientras se desvanecía en el aire brillante y vacío.

Zarzoso miró a su alrededor. Solo le quedaba una vida por recibir. ¿Quién se la daría? ¿Qué más necesitaba su liderazgo? Los gatos estrellados alineados alrededor de la hondonada estaban quietos y vigilantes. Incluso las ondas en la superficie de la Laguna Lunar se habían aquietado. Todo parecía esperar. Detrás de Zarzoso sonaron pasos. Se giró y vio una pequeña figura negra que descendía por el camino en espiral que llevaba al borde del estanque. Zarzoso inclinó la cabeza hacia un lado. ¿Podría ser…? ¡Seguramente no!

—¿Cuervo? —graznó—. ¿Eres tú?

El gato se adentró en la luz que proyectaban los gatos del Clan Estelar al otro lado de la hondonada. La punta de su cola se movió nerviosamente, y sus ojos verdes parpadearon varias veces antes de responder.

—Sí, soy yo —maulló. Respiró profundamente—. Vaya, no esperaba volver a ver esas caras. —Se quedó mirando a los gatos estrellados, con la boca abierta.

—Es bastante extraordinario, ¿no? —Zarzoso estuvo de acuerdo. Movió las patas—. Entonces, ¿estás aquí porque… bueno, porque ahora estás en tu propio Clan Estelar?

Hubo un parpadeo de diversión en los ojos de Cuervo.

—¿Quieres decir que si soy un gato vivo, o como ellos? —Señaló con la cabeza las filas del Clan Estelar—. Oh, soy uno de ellos —maulló—. Pero a la vez no, porque mi vida en los Clanes fue hace mucho tiempo. Fui muy feliz con Centeno, y lo extraño mucho. —Su mirada se nubló—. Pero aún lo veo, en nuestro hogar de heno, y sé que no pasará mucho tiempo antes de que esté conmigo una vez más.

—Me acuerdo de Centeno —maulló Zarzoso, imaginando al robusto y acogedor gato blanco y negro que les había dado cobijo a él y a sus compañeros de Clan al comienzo del Gran Viaje—. Él también debe extrañarte.

Cuervo parpadeó.

—¡Eso espero! Ahora, Zarzoso, hace mucho tiempo que no te veo, pero veo por qué Estrella de Fuego te eligió para ser su lugarteniente. Me siento honrado de darte tu novena vida, y me siento humilde de ser parte del nuevo liderazgo del Clan del Trueno. —Miró a Estrella de Fuego—. Tu Clan llorará la pérdida de mi querido amigo durante incontables lunas —murmuró—. Pero sé que su espíritu estará con todos ellos para siempre.

Levantando la cabeza, dio un paso adelante y apoyó su hocico contra Zarzoso. Su voz sonó claramente alrededor de las rocas de la hondonada.

—Te doy una vida para hablar contra la injusticia, para perseguir la verdad por encima de todo. Las mentiras traen sombras en las que se pueden esconder cosas más oscuras. Nunca temas a la verdad, Zarzoso, por muy cegadora que sea.

Una sacudida de luz atravesó a Zarzoso, sacudiéndolo sobre sus patas. Su mente se despejó como si todos sus pensamientos hubieran sido succionados por el viento, y luego se llenó de un sol tan brillante que pensó que su cabeza podría estallar. Hubo un dolor agudo y deslumbrante antes de que una sensación de paz descendiera sobre él, hasta la punta de la cola. Zarzoso respiró hondo y tembloroso.

—Se acabó —le susurró Estrella de Fuego al oído—. Lo has hecho bien —alzó la voz—. ¡Bienvenido, Estrella Zarzosa!

Su nuevo nombre resonó en la hondonada, recogido y lanzado en alto por cada gato que lo miraba.

—¡Estrella Zarzosa! ¡Estrella Zarzosa!

Estrella Zarzosa se levantó e inclinó la cabeza hacia ellos.

—Gracias a todos —maulló—. Haré todo lo posible para vivir cada una de estas vidas de acuerdo a los dones que me dieron. Estrella de Fuego, tu Clan nunca te olvidará. —Sostuvo la mirada de su mentor de ojos verdes—. Y si puedo ser la mitad del líder que fuiste, estaré orgulloso.

Estrella de Fuego asintió en respuesta.

—Ve bien, Estrella Zarzosa —ordenó—. Estaré contigo siempre.

Libro original: “Warriors: Tales from the Clans: Dovewing’s Silence” *por* ***Erin Hunter***.

Arte de la portada: ***Úrszula Przybylska***.
Arte interno: ***Wayne McLoughlin***.

Traducción: ***Pichu06***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕

https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G